

PUNTO

ROJO



POKER DE MUERTE

donald curtis



PÓKER DE MUERTE

DONALD CURTIS

PÓKER DE MUERTE

1.^a EDICIÓN

JULIO - 1963



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

DEPOSITO LEGAL B 6.939 - 1963

PRINTED IN SPAIN -IMPRESO EN ESPAÑA

© DONALD CURTIS - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 2390/63

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL:

En Colección BISONTE:

724. — Aprieta ese gatillo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

671. — Hermandad siniestra.

En Colección BÚFALO:

417. — Duelo de «Colt».

En Colección TEXAS:

205. — El revólver es mi ley.

En Colección CALIFORNIA:

250. — Los que no olvidan.

En Colección COLORADO:

128. — Buitres sobre Tejas.

En Colección NANSAS:

7. — Doctor «Colt».

En Colección ASES DEL OESTE:

198 — Un revolver para ti.

En Colección PUNTO ROJO:

42. — Clave: ojos verdes.

PRIMERA PARTE



POKER de MUERTE

por DONALD CURTIS

CAPÍTULO PRIMERO

La mujer de las medias oscuras echó una moneda en la máquina tocadiscos. Esta tardó un poco en funcionar. La aguja buscó la grabación, dentro del recinto luminoso. Ella llevaba ropas llamativas y muy adheridas. Resultaba desafiante, y lo sabía. Se acarició lentamente las caderas, moviéndose hacia el hombre sentado al otro extremo del largo mostrador.

—Tengo sed —dijo, reclinándose en el mostrador.

—Yo también —respondió él, pensativo—. Es el calor.

—Claro —ella se estiró el traje, bajando algunas pulgadas el descote. Valía la pena, pero el otro no la hizo caso—. Es un verano muy cálido.

Si, muy cálido —echó una mirada en torno el hombre. Había otras chicas como la de las medias oscuras, en torno a la gramola y las máquinas electrónicas. Una, situada allá al fondo, rió, meneando la cabeza—. En esta ciudad, hace mucho calor.

—Y que lo digas, muchacho —rió la otra, animada—. ¿Me invitas a algo fresco?

El otro giró la cabeza. La miró fijamente. Luego, se encogió de hombros.

Bueno, bebe —aceptó por fin—. Si le ha de quitar la sed...

—¿Oíste, Abner? Dame un doble *whisky* con soda —pidió la de las medias oscuras, encaramándose en el taburete, junto al hombre—. Mi amigo convida.

A Abner, el barman, le irritó la insolencia de la mujer. Gruñendo algo, se dispuso a servirla. Ella, se inclinó sobre el que la invitara.

—¿Me das un cigarrillo? —preguntó.

—Claro —el hombre, paciente, sacó una pitillera dorada. De ella, un cigarrillo que dio a la mujer. Con un encendedor dorado

también, prendió fuego. Ella, miró ambos objetos con ojos brillantes, mientras el hombre encendía su propio cigarrillo.

—Oye, todo eso no será... oro, ¿verdad? —preguntó, echando humo por la nariz.

—Sí, lo es —indiferente, el hombre guardó ambas cosas—. Un recuerdo, ¿sabes? No me gusta el oro. Pero un recuerdo, es un recuerdo.

—Supongo que sí —suspiró ella—. Me gustan los recuerdos. Sobre todo, si son de oro.

La muchacha que estaba en el fondo del local, fue hacia la gramola, que había cesado de sonar. Poco después, sonó una pieza de Elvis Presley. Y mezclada con ella, la voz de la mujer:

Pobre palurdo. Ése viene ahora del pueblo. Y Lucy le sacara hasta las pestañas.

Sonrió, sin volverse. Sin parecer oír nada, tabaleando sobre el cristal del alto vaso. Su vecina de asiento se había bebido medio vaso de *whisky* y soda de un solo trago. Ahora, se inclinó hacia él y le rodeó los hombros con un brazo que olía a perfume barato.

—Me gustas —dijo.

—¿De veras? —Con el rabillo del ojo, el hombre captó el gesto de disgusto de Abner. Decididamente, la chica no le caía bien a nadie en aquel local.

—Sí, me gustas. Aquí hace mucho ruido. Y hay mucha gente. ¿Vamos a algún otro sitio?

—Yo estoy bien aquí dijo él—. No tengo ganas de moverme, amiga. La ciudad cansa mucho.

—¿Vienes de muy lejos? —se interesó ella.

—Sí. Estoy cansado. Además, hace calor. ¿Ya lo olvidaste?

—No, claro —para recordarlo, sin duda, apuro el alto vaso. Seguía rodeándole con un brazo. Invitadora, musitó—: Vamos, sé de sitios mejores. ¿Te llevo a alguno, chico?

—No— Negó él.

Ella se retiró suavemente. Sonreía, con ojos maliciosos.

—Está bien, no te pongas así. Seguiremos aquí. Beberé otro vaso. Sigo teniendo sed.

Se volvió a Abner y lo pidió. El hombre no dijo nada. En vez de eso, tiró un billete sobre el mostrador.

—Cobra —dijo a Abner—. Lo mío y lo que tomó esta chica.

—Un momento, señor —respondió Abner—. También contaré esta otra consumición de Lucy. ¿No es cierto?

—No, claro que no —negó él fríamente—. Yo la invité antes, no ahora.

—¡Eh, un momento! —Lucy alzó la voz—. ¿Qué quieres decir, chico? Yo no tengo que pagar nada, si acompaño a un tipo a beber.

—No te pedí que lo hicieras, pequeña.

—¡Eh, palurdo! —Lucy, furiosa, saltó del taburete—. ¡Paga eso, o me enfadaré contigo!

La chica que antes se compadecía de él, ahora asistía muy interesada a la escena, olvidándose por completo de Elvis y sus espasmos melódicos. Parecía divertida.

—Será mejor que no insistas ni escandalices —avisó el hombre a Lucy. Se movió hacia ella súbitamente—. Además...

Todo ocurrió rápido. Lucy chilló, tratando de arañar furiosamente la cara del otro, cuando éste la rodeó con sus brazos y, audazmente, rebuscó en su descote. Evitó él los zarpazos hábilmente, la soltó luego, con un empujón violento, que la tiró contra el mostrador, y exhibió triunfalmente lo que extrajera del seno de Lucy: su encendedor de oro.

—Muy lista, ¿eh, Lucy? —jadeó él—. El brazo cariñoso, las palabras suaves... Y un recuerdo para ti. De oro.

Lucy, muy pálida, jadeaba contra el mostrador. Abner la amenazó, irritado:

—Seré mejor que te largues, ratera del diablo. Un día me meterás en jaleos con la policía y cerrarán el local. Si este hombre llamara ahora a la patrulla...

—Descuide. No lo haré, amigo —denegó el hombre, con una sonrisa—. Buenas noches.

—Adiós. Y gracias. —Abner miró a Lucy, que sollozaba ahora, como si realmente fuese una doncella injustamente humillada—. Tú, será mejor que le largues cuanto antes, estúpida... Conque un palurdo, ¿eh?...

Lucy lloró más desconsoladamente aún. Pero no parecía enternecer a nadie. Sólo Elvis, en la gramola, sollozaba con ella.

El hombre respiró el aire de la noche. En eso, al menos, la ratera había tenido razón. Hacía un calor endiablado. Se detuvo en la acera, algo más allá del luminoso parpadeante. Enjugó el sudor de

su faz con un pañuelo. Luego, siguió adelante.

Sintió un taconeo tras él. Se volvió, despacio, deteniéndose de nuevo. La chica también se paró.

Vestía tan ceñida como Lucy. Y tenía las piernas más bonitas. Era esbelta y tenía andares graciosos.

—¿Qué hay? —preguntó él brevemente—. ¿Me olvidé algo allá dentro?

—No —negó ella.

—Bueno, si vienes tras de mí, te diré que es inútil —avisó él—. Estoy haciendo tiempo. Sólo eso. Tengo una cita para las dos.

—¿Con una chica?

—Tal vez —sonrió él. Luego, meneó la cabeza—. Es posible que vea a una chica también, sí. Pero la cita es con un hombre. ¿Basta eso?

—Claro —ella dio unos pasos más sobre la acera iluminada. Se paró a dos metros de él. De no llevar tanto maquillaje, hubiera sido bonita—. Perdona. No le seguía. Sólo quise...

—¿Qué?

—Felicitarle. Y disculparme.

—¿Disculparte? ¿De qué? Creo que no hemos hablado allá dentro.

—No, pero yo pensé... que usted era un palurdo, un provinciano que se dejaría engañar. Vi cómo le quitaba el encendedor. Lucy es una lagarta. Se lo hubiera avisado más tarde, cuando ella no lo notase... de no ser porque usted lo advirtió.

Bueno, ya estás disculpada —rió él—. Pero tú tenías razón, chica. Soy un palurdo. Hace poco que he llegado a Nueva York, sólo unas horas. No me gusta la ciudad, ¿sabes? Pero un amigo me llamó. Y he venido.

Eso no quiere decir nada. No se deja usted engañar, ya lo he notado. Me gusta eso. Creo... creo que es humillante ver cómo se burlan las mujeres como Lucy de muchos incautos...

El hombre la miró fijamente. La chica aquélla era del mismo ambiente de Lucy, sin embargo, había miles de millas de distancia entre una y otra.

Se acercó a ella. La miró, sonriente. Tomó su barbilla y la alzó, cuando parecía empeñada en tenerla baja.

—Eres joven. Y bonita —dijo—. ¿Por qué no te vas a casa?

La muchacha se estremeció. Desvió la mirada.

—No lo entendería. Hay cosas que una querría hacer. Y no puede. Es la ciudad, la vida aquí...

—Ya —disimuladamente, el hombre entreabrió el bolso dorado de la muchacha, con su sola mano zurda. Por la rendija, cayeron dentro billetes de su bolsillo. Cerró antes de soltarle la barbilla, y manifestar con sencillez—: Pareces una buena chica. Gracias por tu interés hacia mí muchacha.

—Me llamo Jill. Jill Lane.

—Bueno. Jill. No creo que nos veamos nunca más tú y yo declaró él. —Pero si de algo le vale, te diré que me llamo Barry. Barry Crayne.

—Buenas noches. Barry Crayne...

—Buenas noches. Jill Lane —respondió él, sonriente.

Se inclinó. Besó levemente su mejilla maquillada, de suave aroma. Ella, le miró sorprendida. Barry se alejó, llamando a un taxi que pasaba. Entró. Antes de cerrar la portezuela, tras dar una dirección al taxista, se volvió a ella y la avisó:

—¡Cuida de tu bolso, Jill! Creo que perdiste algo...

El taxi arrancó con rapidez. Se perdió en el torbellino de luz y bullicio de la ciudad. Jill Lane se quedó sola en la acera. Confusa, abrió el monedero. Los billetes aparecieron sobre lo demás. Como una alfombra verde. Eran billetes de diez dólares. Había ocho o diez.

—¡Oh, no! —gimió, sorprendida. Luego, levanto la cabeza. Ya no se veía ni rastro del taxi. Cerró el bolso, con una dulce expresión en sus ojos húmedos—. Gracias, Barry Crayne. Creo que le recordare siempre... aunque nunca más nos vean. Eres un buen chico. Y te haré caso. Por esta noche, sí. Me iré a casa...

CAPÍTULO II

Frank Valentine cerró con suavidad sus naipes. No movió un solo músculo facial.

—Cien dólares —envidó, empujando el billete hacia el centro del tápele.

Los demás se miraron en silencio. No pareció gustarles demasiado la decisión de Valentine. Uno, tiró las cartas sobre el tapete. Otro, manifestó bruscamente:

—Paso. No tengo juego...

Se quedaron solos Valentine y el cuarto jugador. Éste era Josh Neal. Y Josh Neal siempre había sido un jugador de suerte. Y de habilidad endiablada con los naipes.

—Van mis cien, Valentine —dijo—. Y otros doscientos más, que añadido yo.

Los demás se pusieron rígidos. La postura subía mucho. Valentine sonrió. Serena, apaciblemente. Depositó las cartas en el tapete, apoyando los dedos sobre ellas, casi acariciantes.

—Es poco —manifestó, moviendo dos billetes más de cien, a los que añadió un paquete de billetes de igual cantidad, en número de diez—. Y mil más, Neal...

Josh Neal casi pegó un respingo. Miró con incredulidad a Valentine.

—¿De veras puedes arriesgar tanto, Frank? —demandó roncamente.

—Claro —rió Frank Valentine—. Eres tú quien no parece dispuesto a correr el menor riesgo, amigo.

—Está bien. Si así lo prefieres, sea —suspiró Josh Neal—. Pero creo que necesitas dinero actualmente, Frank. Y en vez de ganarlo, vas a perderlo...

—Lo veremos, Josh.

—Lo veremos, si... —Tiró basta mil dólares al centro de la mesa. Luego, pidió—: Veamos tus cartas, muchacho...

Frank Valentine las volvió, extendiéndolas en abanico sobre el verde tapete.

—Póker —informó—. Póker de ases.

Ganaste —rió Josh, tirando las cartas con un golpe seco—. Era muy difícil perder con ese juego, ¿eh, Frank?

—Supongo que sí —asintió Valentine—. Pero podía haber perdido... si tú hubieses ligado mejor juego... Una escalera de color, por ejemplo.

—Eso es un milagro que no ocurre nunca. Valentine. O casi nunca... ¿Seguimos la partida?

—Quisiera terminar va —suspiró Frank, consultando la hora—. Pero estoy ganando. Creo que debo darte otra oportunidad. Jugaré cosa de media hora más...

—Gracias, Frank —sonrió Neal—. Siempre concedes una oportunidad a la gente, ¿eh?

—Siempre. No me gusta que los amigos puedan decir de mí alguna vez que no les permití recuperar lo que perdiesen. Quizá porque tampoco me gustaría a mí ser privado de esa posibilidad, llegado el caso.

—Lo recordaré. Frank, para el día que pierdas tú —comentó con cierto aire burlón Josh, barajando los naipes.

Continuó la partida. El calor era pegajoso, incluso a aquella altura, con el gran ventanal abierto a la ciudad, a las luces de Manhattan, en los rascacielos vecinos. No entraba aire, y los rostros brillaban con el sudor. Bajo las axilas, las camisas de los cuatro jugadores mostraban sus cercos de transpiración.

Pasaron varias manos sin que sucediera nada anómalo. Se cambiaban pequeñas posturas, se ligaban escasas jugadas, y todo continuaba plácidamente entre los cuatro jugadores.

Súbitamente, al pedir cartas en una de las manos, la cosa cambió.

Le tocaba envidar a Josh Neal esta vez. El jugador reflexionó, estudiando sus naipes, antes cerrarlos nuevamente. Manifestó:

—Esta vez, voy a jugarme cincuenta dólares.

Los depositó. Aceptaron todos, hasta llegar a Valentine. Éste

enarcó las cejas, estudiando a su contrincante.

—Ligaste juego, ¿eh, Josh? —comentó.

—Responde. Frank. ¿Aceptas o no?

—Sabes que nunca he sido cobarde.

—Yo tampoco —rió Josh Neal.

—Claro que no. Yo nunca diría que lo pudieras ser. Ni tú, ni ninguno de los muchachos.

—Es lo que he pensado siempre de ti. Frank.

—¿Incluso ahora, al regreso de... de allí? —sonrió Valentine.

—Eso es. Ni siquiera al regreso de... allí.

—Gracias, Josh. Eres un tipo que sabe apreciar a las personas. Voy a aceptar tu apuesta. Soy el mismo de antes. El mismo que fue allá para estos años. No sé si perderé..., pero acepto. Serán cincuenta... y cien más.

Rió, echando el dinero adelante, con un brillo burlón en los ojos. Josh Neal le miró sin pestañear. Esperaba eso. A un reto, Valentine siempre respondía con otro. Era su manera de ser.

—ES poco —silabeó Neal—. Poco para mí, Josh. Quiero perderlo todo... o ganarlo. Me juego cuanto tengo.

Silbó entre dientes Valentine. Echó una ojeada al resto de su compañero de juego. Al menos le quedaban tres mil dólares.

—Es mucho, Josh. Has debido ligar muy bien.

—Dejemos los comentarios. ¿Aceptas o tiras las cartas?

Frank Valentine no contestó. Vibró la piel de Josh, sacudida por sus nervios y tendones. Aquello era señal de que Valentine no se echaba atrás. Tampoco lo había esperado, ciertamente. Uno nunca podía esperar de Valentine que se echara atrás. Ni siquiera para jugarse el pellejo. Todos los que estaban allí, sabían que lo había hecho más de una vez. Especialmente, cuando delató a Wilby Torrio...

—Responde —insistió Neal, apartando de sí todas esas ideas, para concentrarse en el juego, en la magia tensa y fascinante de aquel rectángulo de paño verde, de cartulinas brillantes, rojas y negras, de billetes verdes, más pálidos que el del paño que servía de suave, blando fondo—. Son tres mil setecientos dólares en total.

Los otros se tiraron. Era como si «Ratón» Waddell y Walt Kingsby se conformaran con el papel de simples comparsas. Les dejaban pelear solos. Cara a cara, mano a mano los dos...

—Acepto —suspiró Valentine, tirando tres billetes de mil y siete de cien hacia el centro de la mesa. Veamos tus grandes cartas, Josh.

—Póker —recitó roncamente Neal—. Póker... de reyes.

Y los mostró, en abanico. Cuatro regios personajes, con sus signos de pique, diamante, trébol y corazón. Cuatro triunfos casi aplastantes.

—Lo siento, Valentine —rió nerviosamente Neal—. Lo siento de veras. Pero unas veces ganan unos... y otras los otros.

Estiró las manos, para arrastrar el dinero hacia sí. La leve, brusca carcajada de Valentine, le frenó en seco. Alzó sus ojos asombrados hacia Frank. Trató de escudriñar su imperturbable rostro, enjuto y curtido, que conservaba ahora la palidez adquirida en aquellos tres años... allí...

—¿Por qué no esperas un poco, amigo mío? —murmuró Valentine—. No habrás ganado basta que no veas mis cartas. Deja ese dinero... y mira esto.

Tiró los naipes. No quiso darle teatro al movimiento, evidentemente, pero resultó efectista, dramático casi. Saltaron las cartulinas. Cinco caras brillantes y tersas. Cinco caras de ruina o de fortuna.

Una, como avergonzada, saltó en el tapete, alejándose de las otras cuatro. No podía compartir con ellas el éxito. Era la carta que escoltaba aquel juego. Una simple dama de trébol. Los otros cuatro naipes eran todos muy blancos. Mortalmente blancos, para Josh Neal. Triunfalmente blancos para Frank Valentine.

Sólo cuatro marcas rojas y negras, una de cada carta. Cuatro puntos de color.

Otra vez... cuatro ases.

—Se repitió la jugada —musitó Valentine—. Lo siento, Josh...

Apartó sus manos, y comenzó a recoger el dinero.

Josh Neal se mantuvo unos momentos en silencio. Rígido, con la cara tan blanca como las propias cartas. Luego, sólo musitó una palabra. Una sola palabra, cruda y violenta, a pesar de que la pronunció con voz sorda, temblorosa:

—Tramposo...

—Has hecho trampa, Valentine. Eres... un tramposo.

Siguió un silencio. Más espeso aún del que siguiera a su primera palabra, seca y restallante: «Tramposo»...

Todos se quedaron como sobrecogidos. Ante el ventanal abierto a la noche, a las azoteas situadas enfrente, a las luces que parpadeaban allá abajo, en la cortadura de cemento, hierro y cristal que era la calle de Manhattan, los cuatro cuerpos siguieron en las sillas, en torno al recuadro verde.

Valentine entornó los ojos.

—Estás borracho. Josh —recitó—. O no sabes perder...

—Sé perder. Pero no sé dejarme robar, eso debieron enseñártelo en la prisión, ¿no es cierto? Los muchachos se espabilan mucho allí. Frank. Pero nosotros no somos tontos ni novatos. No has engañado. Has robado a todos. Y a mí, más que ninguno.

Frank Valentine dirigió una mirada a «Ratón» Waddell y a Walt Kingsby. Esperaba encontrar en ellos una solidaridad consigo, una repulsa hacia la violenta actitud ofensiva de Neal.

No fue así. Un par de ojos azules y otros ojos grises, se unían a la mirada oscura de Neal, perforándole en muda acusación. Como los ojos de un jurado al estudiar a un reo cuya culpa no ofrece dudas.

—Vosotros no creeréis eso, ¿eh, muchachos? —jadeo Valentine, algo pálido. Sus manos dejaron el dinero donde estaba, Las alzó, como si con ellas quisiera mostrar la nitidez de su espíritu en aquella tremenda acusación—. Sabéis que jamas fui un tramposo...

—No sabemos nada —replicó fríamente Kingsby.

—Sólo recuerdo que vendiste a Torrio a los polizontes —sentenció con aspereza— «Ratón», humedeciéndose los delgados labios sin color.

—¿Esto es una emboscarla? —Gruñó Valentine, irguiéndose enfurecido.

—Esto es una partida entre amigos —silabeo Josh Neal. Lo fue, hasta ahora. A pesar de que traicionaste a Torrio, vendiéndolo a los policías, admitimos, Frank. Porque lo hiciste con cierto valor, sabiendo a lo que te exponías. Y avisando antes al propio Torrio, que se burló de ti, sin creerte.

—Yo nunca he sido cobarde, y vosotros lo sabéis. Entregué a Torrio, en cuanto me arrestaron. Vosotros sabéis por qué, todo el mundo lo sabe. Se lo había advertido a él, y no me hizo caso. No me creyó capaz de eso. Ahora, él sigue en presidio, y yo estoy libre. Eso es todo. No hice trampas jamás. Eso es de cobardes, de ruines. No lo he sido nunca. Ni ruin, ni cobarde, ni tramposo. El día que salga

Torrio de prisión, estaré esperándole. Le aguardaré con la cabeza bien alta. Y no me dejaré matar. Pero tampoco le haré daño, si no me obliga a ello. Si mantiene su afán de «*vendetta*»... me encontrará.

—Deja el palabreo. No va a servirte aquí Valentine, has hecho trampas, digas lo que digas. Nadie liga póker de ases a cada momento, y cuando la mesa está más alta. Vuelvo a decirte que eres un tramposo. Lárgate de aquí, Frank. Y deja ese dinero... o te mataré.

—Inténtalo —recitó glacialmente Valentine—. Inténtalo, Josh... y veremos quién es el más fuerte.

—Nosotros estamos con Josh —avisó Kingsby.

—Sí, Valentine. Con él —ululó «Ratón»—. Elige.

—Elegido está —masculló Valentine, enérgico. Y sus manos cayeron sobre el dinero otra vez. Los dedos se cerraron en torno a los billetes, que aferró resueltamente—. Es mío. Lo gané honradamente. Si alguien hizo trampa, seríais vosotros, para poderme acusar a mí, y quedaros con lo mío. Buenas noches a todos. Y no intentéis nada o...

De repente, sucedió todo, Josh Neal había llevado la mano a la funda sobaquera que jamás le abandonaba. Allí asomaba la culata rectangular y negra de su «Smith y Wesson» automático, calibre 32.

Frank Valentine también llevó la mano a su propia arma, en el bolsillo posterior del pantalón. Demasiado tarde, recordó que no la llevaba allí. Un sudor frío perló su rostro, bañada antes de cálido sudor estival...

Después, las luces se apagaron, las figuras humanas se confundieron borrosamente, en la estancia repentinamente en tinieblas, alumbrada solamente por los parpadeos de luz neón, distante y policromada, que penetraban por el ventanal asomado a la noche neoyorquina.

Hubo un disparo, dos...

Dos detonaciones secas, violentas. Un grito de hombre en la oscuridad. Un cuerpo chocó contra la mesa, la derrumbó estrepitosamente. Sonó un tercer disparo, y algo de cristal, posiblemente el gran espejo que colgaba de uno de los muros de la estancia, se desgajó estruendosamente.

Después, el cuerpo que se desmoronaba, lo hizo del todo,

abatiéndose sordamente en el suelo sin alfombras. Revolotearon naipes, billetes, cigarrillos y cenizas, en el ámbito de penumbras, de parpadeo lívidos y distantes, de figuras borrosas, huidizas...

El silencio que siguió, fue tan espeso que parecía una masa envolviendo a los hombres y los objetos dentro de la habitación a oscuras. Alguien giró el interruptor dos veces o tres. Sonaron chasquidos inútiles. No llegó la luz.

—Dios mío... —susurró alguien—. Dios mío...

Unos pies rozaron el suelo, arrastrándose en cautas pisadas. Hubo un choque blando, una imprecación. Una voz cualquiera, tan ronca e irreconocible estaba que los demás no podían identificarla, murmuró:

—En el suelo... Está muerto... Sangra mucho...

Los disparos habían retumbado estentóreamente. En la noche veraniega, calmosa y de baja presión, el ruido debía haber llegado muy lejos. En algún lugar de la casa, sonaban voces, carreras, ruido en puertas cerrándose...

—¡Luz, luz! —jadeó otro, en la habitación.

Una sombra llegó basta el interruptor. Lo manejó con violencia, casi enfurecido. No hacía falta tantos ímpetus. La luz no llegaba.

Bruscamente, los tres hombres que permanecían en pie, se volvieron. Una voz sorda, llamó al otro lado de la puerta del piso:

—¡Abran! ¡Abran a la Ley!

Un ramalazo de terror corrió por más de una espina dorsal. Un juramento, un temblor espasmódico, un jadeo, acogieron aquellas palabras inesperadas. La Ley llegaba demasiado pronto, al parecer. El piso de Josh Neal estaba muy alto en el rascacielos de Manhattan, para que nadie pudiera tardar menos de cuatro o cinco minutos en llegar a él desde la calle.

—¡Abran a la Ley! —insistió la voz violenta—. ¡O volaré la cerradura!

Afuera, sonó el chasquido peculiar del cerrojo de un arma, al ser manejado el seguro. Uno de los presentes corrió a trompicones, gritando:

—¡Ya va, ya va!... ¡No dispare, por Dios! ¡Ya abrimos!...

Del mal, elegían el menos. Sabían que la policía sería más dura si abría por la fuerza aquel piso. Se abrió la puerta. Tan bruscamente, que la luz del corredor exterior penetró en oleadas, a

pesar de estar separada del lugar de la partida de naipes, por un gabinete en sombras.

El que abriera la puerta, parpadeó, cegado, ante un revólver de reglamento, empuñado por una mano solida, maciza y velluda. Una mano en la que terminaba una manga azul galonada. Un uniforme de policía y grado de sargento.

Soy su vecino —informó, asestando el arma a quien le recibía—. ¿Qué ha pasado aquí? Sonaron disparos hace un momento...

El otro no supo qué decir. Le aparté, de un empujón. Detrás del policía, venían otros vecinos del edificó con expresión alterada, pero inflados de valor por la presencia del agente uniformado.

—Veamos qué ocurrió —el resuelto policía, a paso de carga, arma en ristre, llegó a la estancia del ventanal abierto. No veía nada y, con un juramento aviso a los otros dos hombres en pie que ocupaban la estancia—. Será mejor que no se muevan, amigos... O empezaré a darle gusto al gatillo. No me gusta la gente que tiene la luz apagada y que se dedica a disparar por las noches, como diversión.

—No era diversión, señor —jadeó alguien—. Ni apagamos la luz a propósito. Está cortada la corriente. No sé cómo sucedió, pero...

—¿Cortada? —resopló el policía, dando dos zancas. Llegó al muro. Giró el interruptor.

La luz inundó la estancia. Se volvió vivamente hacia los otros dos, que cerraban sus ojos, cegados por la repentina claridad eléctrica.

—¿Conque cortada, eh? —Gruñó, lleno de recelo, el policía—. Vaya, y veo que van armados, hijitos... Tiren su chatarra y díganme... «¡Cielos!».

El grito brusco estaba justificado. Había clavado la mirada en el hombre que varía en el suelo. Era un cuerpo en mangas de camisa. Su mano empuñaba una automática que humeaba ligeramente aun. La sangre bañaba su camisa y la mano armada, hasta formar un charco escarlata bajo su cuerpo.

—¿Quién es? —Silabeó, señalándolo. Y en el acto le reconoció—. ¡Eh, Ese es Josh Neal, mi vecino!...

Su mirada acerada recorrió los rostros lívidos de «Ratón» Waddell, que abriera el apartamento, Walt Kingsby y de Frank Valentine, que estaban ante él, encogidos y parpadeantes.

Descubrió, a los pies de Valentine, la automática calibre 38. Y dijo duramente, encañonando a Valentine sin la menor vacilación: Josh Neal... Y usted lo mató, ¿eh, amigo?

CAPÍTULO III

Barry Crayne consultó su reloj. Luego, miró al hombre del club nocturno.

—¿Seguro que no ha venido aún?

—Seguro, señor.

—¿Ni ha avisado de la razón de su demora?

—Tampoco, señor.

—Bien, gracias.

Crayne tabaleó sobre la superficie del mostrador. Caminó unos pasos, pareciéndose por un momento a un tigre enjaulado.

La cita había fallado por el momento. Era raro. Su amigo nunca había faltado a una cita, ni nunca había sido informal en la hora de asistir a ella.

Pero la ciudad tenía a veces cosas sorprendentes. Cambiaba a la gente y la hacía faltar a muchos compromisos, no siempre por propia voluntad.

—Es posible que no tarde en venir —le informo el barman—. Desde que regresó de... del lugar donde estuvo de vacaciones, no ha faltado aquí ni una sola noche.

Crayne sonrió. «Vacaciones...». Era un modo elegante de expresar la razón por la que Frank Valentine había estado tres años ausente de Nueva York. Unas largas, muy largas vacaciones, ciertamente.

Vacaciones... Bueno, quizá lo fueron. Pero no hasta el punto que podía imaginarse. Nadie hace tres años de vacaciones, ni siquiera los infantiles personajes de Julio Veme y su literatura aventurera, a no ser por causas de fuerza mayor.

Barry Crayne paseó hasta el fondo del mostrador, donde unas puertas daban acceso al escenario del *night-club*, donde Frank

Valentino le citara. Y donde su hija actuaba. La bella, escultural Vera Valenti. La última sílaba del apellido estaba suprimida en las carteleras. Quizá porque el apellido Valentine no gozaba de excesivo prestigio ni honorabilidad en Nueva York. Especialmente, relacionado con Frank, su padre.

Para los asiduos del *night-club*, ella era algo más y algo menos que Vera Valenti. Sus iniciales eran las populares:

«Hoy actúa V. V.»
«Hoy hace streap-tease V. V.»
«Esta noche, V. V. va a actuar»...

Eran los comentarios habituales cuando ella salía a la pista, en su audaz número de streap. V.

V. Siguiendo

una boga internacional, quizá importada de Europa, Vera Valenti se convertía en V.

V. Dos

iniciales tan sugerentes como muchas otras de la lejana Europa...

Pero Barry Crayne no había ido allí a ver las curvas ondulantes de Vera Valenti, despojada de sus lentejuelas y sus rasos brillantes, bajo los focos de la pista, en una bien estudiada actuación, que cortaba el aliento a los espectadores. Era otra persona la que le llevó allí: su padre. Frank Valentine.

Y Frank Valentine, no había llegado aún. Faltaba a su cita...

Volvió a consultar el reloj. Tardaba demasiado.

En la pista, a los acordes de la orquestina negra. Evolucionaban bajo los haces de luz azul y amarilla una serie de muchachas tan poco vestidas como la propia Vera Valenti en el momento crucial de su streap. Sin embargo, la gente no hacía caso a sus exhibiciones. Cosas de la sugestión. Así era siempre la gente de los clubs nocturno. Todo dependía de cómo le presentaran las cosas.

Barry suspiró, al terminar el número. La manecilla del reloj corría sensiblemente. Pero la ausencia de su amigo Valentine continuaba. No acudía a la cita.

Regresó a la barra y apuró un sorbo más de su
gin-fizz

. En la pista, las parejas empezaban a bailar a los acordes del intermedio de bailable. Barry evocó con una sonrisa a la muchacha del bar, la simpática Jill Lane. Posiblemente sus dólares le darían una satisfacción. Y una noche tranquila.

A veces, en las calles de la ciudad, uno podía encontrarse chicas así. Otras veces, las más, esas chicas eran como Lucy, la ratera de las medias oscuras y los modales procaces. Pero no todas son así. Nadie es igual a los demás. Por suerte.

Un mozo de la barra atendió al teléfono, que repiqueteaba en un rincón del bar. Luego de hablar brevemente, se volvió hacia los hombres que bebían en el mostrador.

—¿Alguno de ustedes se llama Barry Crayne? —pidió bruscamente.

—Yo —dijo el aludido—. ¿Qué ocurre?

—Es su amigo Frank. Le llama.

Tomó el teléfono, con sorpresa. Apoyó en el micrófono, demandando:

—¿Dígame?

—Soy Frank. ¿Eres tú, Barry?

—Sí, soy Barry. ¿Qué ocurre?

—Algo feo. No puede decirse por teléfono, Barry. Me han dejado llamar. Nada más.

—¿No vendrás a la cita?

—No, no puedo. Infórmate en el Departamento Central de Policía.

—¿La policía? —Crayne se rebulló inquieto.

—Eso es. No te inquietes. Creo que no será nada. No he hecho nada malo. Es un equívoco que se ha de aclarar. Pero no podré acudir a verte, Frank. Creo... creo que algo funciona mal. Me gustaría saber lo que es.

—Iré ahí. Hasta pronto. Frank.

—Hasta pronto. No faltes. Te espero. Me tienen en el Departamento Central. Pero no creo que esté mucho tiempo aquí.

Cortaron la comunicación. Evidentemente, hasta allí llegaban las concesiones a Valentine.

Crayne frunció el ceño, devolviendo el auricular al barman. Era raro aquello. Frank acababa de salir de... de sus «vacaciones». ¿Por qué la policía volvía a importunarle, cuando ya había pagado su

deuda con la sociedad?

—¿Quién le llamaba, Crayne? ¿Mi padre?

Barry pegó un respingo. Se volvió después. Allí estaba ella, la muchacha del audaz streap-tease. Vestida con aquel traje de noche azul oscuro, parecía delgada a pesar del atrevido escote, de profunda canal y prominentes senos. Frank sabía que no era tan delgada, una vez desprovista de sus ropas habituales.

—Vera Valenti... —recitó Barry, pensativo, estudiando el cabello rojizo de la muchacha, y sus ojos de un verde centelleante—. ¿Quién le dijo que era su padre?

—Nadie. Por eso se lo pregunto. Usted es Barry Crayne, ¿verdad?

—Sí —contestó Crayne—. Yo soy.

—Lo imaginaba.

—¿Por qué? Nunca nos hemos visto usted y yo.

—Mi padre me habló de usted. Me lo describió tan fielmente, que no me ha costado reconocerle. Venía hacia acá cuando le oí hablar por teléfono. Y citó el nombre de «Frank». Sería demasiado casual todo, ¿no cree?

—Usted gana. Soy Crayne. Su padre me citó aquí.

—Sí, lo sé.

—¿Por qué lo sabe? ¿Se lo dijo también él?

—Sí. Mi padre siempre me lo dice todo.

—¿Sabía también que no iba a acudir a la cita?

—No —ella enarcó las cejas. Parecía reflejarse una expresión de inquietud y de duda en sus ojos—. ¿Eso es de verdad?

—De verdad. ¿Le extraña?

—Sí. Estaba ansioso de verle. Quería encontrarse con usted a toda costa. Al parecer, era de mucha urgencia para él.

—Y, sin embargo, no viene. ¿Eso no le dice algo?

—Demasiado —el gesto de la bella pelirroja streap-tease se nubló—. Algo o alguien se lo impide, ¿no es cierto?

—Sí. Alguien se lo impide.

—¿Wilby Torrio?

—Que yo sepa, no.

—Claro, no puede ser, Torrio tiene prisión para diez años. Y por culpa de mi padre. Pero Torrio tiene amigos, camaradas y colaboradores leales. Me asustan. Más que la Ley y la policía.

—Sin embargo, esta vez fallan sus temores muchacha. Es la policía.

—¿La policía? —Se inquietó ella, perdiendo color—. ¿Está seguro?

Eso me dijo él mismo. Le tienen en el Departamento Central. Quizá sea una comprobación vulgar. Quizá algo peor, no sé. No le dejaron hablar por teléfono. Yo iré allí ahora.

—¿Le acompaño?

—Sería mejor que no lo hiciera. Pero no puedo prohibírselo.

—Entonces, iré.

—Bien. ¿Ha terminado ya la actuación?

—No. Actuaré más tarde. O no actuaré. Soy una atracción del programa. Puedo permitirme esos lujos. Le acompaño. Crayne.

—No sé cómo lo tomará su padre, pero no sabría decirle, que se quedara aquí. Vamos ya.

—Sólo un momento Crayne —pidió ella.

Se alejó, entrando en el guardarropa. Regresó con un sobretodo oscuro encima de su ropa. Era una prenda ligera, de tono gris. No daba calor excesivo, y servía para disimular el atavió de noche de la joven.

Salieron a la calle. Ella parecía buscar algo con la mirada. Crayne imaginó lo que era, y sonrió.

—No tengo coche —avisó—. Soy un provinciano en la ciudad, Vera. Debemos informarnos con un taxi.

—No importa —suspiró ella, sonriendo también—. Ya estaba deseando conocer a alguien que no tuviera coche. Creo que es algo así como una excepción en todo Nueva York...

Un taxímetro pasó pronto por allí. Barry lo detuvo, subiendo con Vera al vehículo de alquiler. Dio la dirección del Departamento Central. El vehículo voló sobre el asfalto, hacia el puesto principal de la policía metropolitana.



Mientras rodaban a buena velocidad, Barry estudió de soslayo el perfil agraciado y juvenil de la muchacha.

—¿Su padre le habló de mí, verdad? —indagó tras un silencio meditativo.

—Sí —confesó ella, dominando sus pensamientos, no demasiado optimistas, a juzgar por su expresión—. Me habló de usted,

Crayne...

—¿Qué le dijo?

—Muchas cosas.

¿Qué cosas?

La clase de chico que es usted, la forma en que se conocieron...

—¿Sabe de qué modo nos conocimos? —se sorprendió Barry.

—Sí. Mi padre nunca tuvo secretos para mí —ella apretó los labios con gesto de intensa emoción—. Ni siquiera aquellos que juzgó dolorosos y amargos para él.

—¿Quiere a su padre?

—Le quiero. Y le admiro.

—¿Le admira?

—Sí. Es digno de admiración. Sabe afrontar sus responsabilidades. Todo lo bueno y lo malo que hace. Por eso le considero un gran nombre. Acepta sus culpas, como aceptó la que le cabía en aquel feo asunto, hace tres años. Entonces, pudieron condenarle a algo mucho peor. Pero antes, un hombre había traicionado la fe de mi padre en él. Ese hombre era Wilby Torrio. El prohombre del gansterismo actual. Mi padre no vaciló en hacer lo que juzgaba más digno y más justo: revelar las culpas de Torrio y las pruebas que existían contra él. Torrio se había reído, cuando por su abogado, mi padre le avisó de que peligraba si insistía en no protegerle y guardar silencio, hundiéndole en prisión pare años y años. Torrio dijo que nadie se atrevería jamás a desafiarle y condenarle. Mi padre, serenamente, lo hizo.

—Y denuncié a Torrio.

Sí. Lo denunció.

—Eso, en el mundo del hampa, es traición. Un «soplo», una delación.

—No. Difiero de tal concepto. Sobre todo, cuando la persona víctima de la delación... ha procurado antes hundir al que le acusó.

—Tal vez tenga razón. Pero no para Torrio y su gente. Ni siquiera para el resto del hampa de Nueva York.

—Me tienen sin cuidado. No debería existir esa gentuza. Son gangsters, pistoleros de la peor laya. Mi padre nunca debió mezclarse con ellos.

—¿Le culpa de algo?

—No le culpo. Le reprocho, su debilidad, porque él fue el primer

perjudicado.

—¿Usted no?

—No —sostuvo ella, altiva—. Yo elegí mi propio camino.

—¿Y fue el mejor?

—No he dicho eso. Dije que lo elegí. Nadie elige nunca lo mejor. Los humanos no somos infalibles Crayne.

—Seguro que no. Dejemos eso, Vera. Iba a hablarme de su padre y de mí. ¿Sabe cómo nos conocimos?

—Sí. Mi padre estaba entonces con la pandilla de Wilby Torrio. Iban a asaltar la caja de una empresa privada. Una empresa de productos agrícolas, que tenía entonces las nóminas de su personal en caja.

—Eso es.

—Esa empresa tenía un cajero que se había hecho amigo de mi padre, durante una borrachera en un local. El cajero era Barry Crayne.

—Sí.

—Mi padre... se negó a robar y a participar en el robo. Se apartó de ello. A pesar de eso. Torno cometió el robo. O intentó cometerlo. Fracaso, pero ya entonces habían muerto dos de sus hombres... y uno de los de la empresa agrícola. Se detuvo a mi padre, como miembro de la pandilla. Torrio intentó acusarle de la muerte del empleado. Y usted, entonces, intervino. Refirió la verdad. Mi padre se libraba así de un peligro terrible ante la Ley. Pero Torrio volvió a la carga, para evitar ser acusado de asesinato. Uno de sus hombres cargó con esa culpa, pero era de los que agonizaban en un hospital, víctima de las heridas, Torrio quedaba libre, al morir su asalariado sin acusarle. Torrio volvió a la carga contra mi padre, furioso por su negativa en ayudar a Torrio en el «golpe».

—Y entonces, su padre acusó a Torrio y presentó pruebas. Torrio fue arrestado acusado de atraco a mano armada. Por buenas ayudas de su gente, logró una pena de diez años. Y allí está Torrio ahora, mientras su padre paga sólo tres años, por su relación ilegal con la pandilla del gángster.

—Ésa es la historia. Mi padre ha vuelto a la vida —musitó ello—. Y le ha llamado a usted.

Y yo, cajero de la empresa agrícola que se salvó entonces gracias a la acción de su padre, acudo a la cita —sonrió Barry Crayne—. Su

padre sabe que, además de cajero de la citada empresa, he sido antes comisario del *sheriff* del condado donde vivo, en Missouri. Creo que teme algo, y quiere mi ayuda.

Por lo que veo, usted está dispuesto a dársela.

—Sí, Vera. Estoy dispuesto a ello. Salvó entonces la liquidación mensual, el dinero de mucha gente que trabaja honradamente. Si está en mi mano lograrlo, yo le salvaré ahora a él.

—¿Cree que mi padre tiene miedo a algo o alguien?

—Es posible. —Barry se encogió de hombros, pensativo—. Es muy posible, sí...

—¿Wilby Torrio?

—Usted sabe que está en prisión.

—El pulpo tiene largos tentáculos —recitó ella, con un suspiro—. Usted sabe lo que quiero decir.

—Lo sé. Vera. Torrio es un prohombre de los bajos fondos. Tiene mucha gente a su servicio. Y sus órdenes, a pesar de todas las prevenciones de la Ley, salen de la cárcel y llegan a sus hombres. Es lo que siempre ocurre con la gente como él, como Capone, Costello o Lucky Luciano. La eterna historia de la podredumbre de muchas de las instituciones más honestas de nuestro país. El cáncer está en alguna parte. Vera. Existe, medra y se desarrolla, más o menos crecido, en todos los lugares de los Estados Unidos, y en todas las escalas sociales. Es el gangsterismo. La lacra social de una época desdichada, y la herencia que hemos recibido de ese período infortunado y torpe, de leyes grotescas, de legisladores envilecidos y de dirigentes torpes o sobornados.

—Eso es muy duro, ¿no cree?

—Y real. Terriblemente real, Vera. Es lo que estamos sufriendo en nuestra carne. Lo que pudre la vitalidad del país, igual que un tumor maligno y repugnante. Dios quiera que alguna vez lo extirpemos, sin dejar huella. Pero, mientras existan seres como Wilby Torrio y otros así, la solución no será fácil.

El automóvil se detuvo frente al edificio del Departamento Central de Policía de Nueva York.

—Hemos llegado —dijo Vera Valenti, en un murmullo.

Barry asintió. Pagó la carrera, y descendió del coche en compañía de la joven que practicaba streap-tease en un club de Manhattan, y que, a pesar de ello, parecía singularmente limpia de

mucha de la suciedad que rodeaba a su mundo y a otras como ella...

CAPÍTULO IV

—Acusado de asesinato... ¡Acusado de asesinato!

Frank Valentine asintió lentamente. Al fondo de la sala, las rejas proyectabais su entretejido de sombras sobre un muro gris cemento, en el que apoyaba el cuerpo macizo de un policía de uniforme.

—Sí. Acusado de asesinato —suspiro él, roncamente—. Ésa es la verdad...

Se miraron Vera y Crayne angustiadamente. Ella estaba muy pálida. Crayne, duro el gesto, fría la mirada.

—No es posible —murmuró Barry—. Asesinato...

Paseó por la estancia en que Valentine les había recibido. El policía del fondo, con la nombra de las rejas sobre su faz inexpresiva, era como una figura estatuaría, sin vida propia.

—Asesínalo... —Barry se volvió. Valentine y Vera se rozaban las yemas de los dedos, a través de la verja metálica que les separaba—. ¡No es posible! ¡Usted no mataría a nadie, Valentine! Y menos de esa forma...

—Claro que no —denegó él tristemente con la cabeza—. Nunca lo haría, Crayne. Yo no soy un asesino. Menos, por una partida de póker. Josh Neal y sus amigos me convencieron para ir a su piso. Y fui a jugar. Me acusaron de tramposo cuando gané. Se apagó la luz al sacar Josh su pistola. Oí disparos. Cuando se encendió la luz de nuevo, al entrar aquel vecino policía. Neal estaba muerto. Y el arma yacía a mis pies. Era el arma que sirvió para matarle.

—¿Qué clase de arma?

—Una automática del 32.

—Usted estaba libre hacía poco tiempo. ¿Era ésa su automática? —preguntó fríamente Barry, girando hacia él.

—Sí —afirmó con voz ronca Valentina, inclinando la cabeza.

—¡Cielos! ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué llevaba consigo esa arma, Frank?

Valentine se encogió de hombros, con un gesto amargo. Dijo despacio:

No iba a creermelo, por mucho que le asegurara lo contrario Crayne. Nadie lo cree. Yo no llevaba armas.

Barry parpadeó.

—Pero... era su arma.

—Sí, lo era. No me pregunte cómo estaba allí. La dejé al ser detenido, hace tres años. La consideraba ya perdida, olvidada. Pero allí estaba. Registrada a mi nombre. No hay escapatoria, ¿eh? No puedo discutir esa prueba, Barry. Es mi pistola. Tenía mis huellas. Están comprobándolas ahora. Quizás sean huellas antiguas. Pero si la guardaron bien, engañará incluso a los técnicos. Se puede limpiar el polvo y dejar las huellas intactas, como recientes. Se disparó sobre Josh Neal. Las halas del cuerpo de Neal han pasado al laboratorio de la Policía. Pero sé que serán de mi arma.

—¿Por qué está tan seguro de que todas las pruebas serán contrarias, Valentine?

—Porque es así. Porque yo tengo que ser acusado de un asesinato, Barry. Es lo que se buscó.

—¿Quién lo buscó? Neal le invitó a su piso. Tuvo que haberlo planeado él. Pero él es el muerto. Nadie planea su propia muerte, por el gusto de que a otro le acusen. El que muere no gana nada.

—Josh Neal era un hombre de Wilby Torrio. Me aseguró que ya había dejado de servirle. Pero mintió. Era de ellos.

—¿Por qué cree eso?

—Porque era una trampa. Una trampa para mí, Barry.

—Una trampa, planeada por el hombre que había de morir. Ya le di mi opinión sobre eso, Valentine.

—Claro. No esperaba que lo creyese.

—Deme una razón, una teoría plausible, y le creeré. Sólo entonces, Frank...

—Muy bien. Aquí la tiene: Josh Neal colaboró en tender la trampa. La acusación formaba parte de ella. Sólo que después... algo fue distinto a lo que Neal esperaba. Y el juego terminó de un modo distinto a como planearon. Neal murió... y yo cargué con las culpas. De eso, no sabía nada Josh, por supuesto. Como usted dice,

nadie colabora en una trampa de la que forma parte la propia muerte.

Barry asintió, con lentitud.

—Eso parece plausible. Pero demasiado fantástico.

—¿Fantástico? —Levantó vivamente la cabeza Valentine, con un centelleo de angustia en sus ojos.

—Al menos, para la policía —concluyó Crayne—. ¿Se da cuenta de eso, Frank?

—Claro. Ya le dije que nadie lo creerá. Ni siquiera usted.

—Yo le creo —aseguró sencillamente Frank.

—¿De... de veras?

—Sí. No tendría por qué matar a un hombre ni llevar un arma, precisamente después de cumplir una corta condena que limpiaba su vida pasada y le enfrentaba a una nueva vida, más limpia y mejor. Eso, sería tirarlo todo estúpidamente por la ventana. Y usted no es estúpido. No lo fue nunca.

—Tampoco fui un asesino. Ni siquiera en una pelea. Jamás. Crayne, debe creerme, por difícil que ello le resulte.

Dije que le creía. Y no quiero mentirle, Frank. No soy la clase de gente que cree que la compasión o la hipocresía resuelven algo.

—¿Entonces, a pesar de todo... cree en mí?

—Sí, Valentine. Y voy a averiguar lo que ha sucedido...

—No, no lo haga —pidió inesperadamente Valentine.

—¿Por qué? —se sorprendió Barry.

—Sí, padre. ¿Por qué? Hiciste venir a Crayne a Nueva York. Parecías temer algo. Ahora que él está aquí... ¿por qué no deseas que te ayude?

—Creo que esto es demasiado peligroso, para arriesgar a un hombre en esto, sólo por la amistad.

—Hay algo más que amistad. Valentine. Yo le debo mucho. Mi empleo, el dinero de mi empresa... Quizá mi propia vida, perdida en el atraco, de no ser advertido a tiempo.

—No basta. Ha muerto un hombre. Cruel, estúpidamente. Para acusarme de algo que yo no hice. Pueden morir otros. A la gente de mi mundo, un le importa matar, si con ello alcanza su objetivo, Y su objetivo actual es sólo uno: mi vida.

—De ser así, ¿por qué no le mataron?

—Porque planean algo más cruel, más refinado y sinuoso:

planean hacerme sufrir, conducirme a una muerte que sea larga, dolorosa...

—¿Venganza?

—Creo que sí.

—¿De Wilby Torrio?

—¿De quién, si no?

Barry Crayne no dijo nada. Pero se preguntó a sí mismo si era posible que un hombre como Wilby Torrio, prohombre del hampa, del mundo del gangsterismo, podría realizar su venganza desde el interior de la prisión, sin salir de sus muros espesos inexpugnables.

La respuesta no le gustó. Porque era afirmativa.

—Lo siento. Crayne. Me merece usted toda confianza. Pero su amigo es culpable. Quizá llevaba buenas ideas al salir de prisión. Pero luego, algo falló. Ahora, es responsable de un homicidio. Quizá de un asesinato, porque él y Josh Neal nunca fueron buenos amigos. La acusación era por homicidio. El juez y el Jurado resolverán.

—Con su reputación, no podrá salir nada bueno de eso, teniente Wagner.

El teniente Paul Wagner, de Homicidios, se encogió de hombros. Su cara cuadrada expresó escepticismo e indiferencia.

—Eso no es cosa mía, Crayne —suspiró—. Mi tarea termina allí donde comenzó. El agente Pete Stoddart, vecino de Josh Neal en su residencia de apartamentos, ha sido escueto y preciso en su informe. A lo que parece, no caben dudas. El arma es suya. Está registrada como vendida a su nombre hace cuatro años, uno antes de ser encarcelado. Y creo que las huellas son suyas.

—Eso son simples circunstancias. Nadie le vio disparar contra Neal. ¿Se ejecuta a un hombre o se le sentencia a lo que sea, sólo por pruebas circunstanciales, teniente?

El teniente Wagner pareció realmente fastidiado por la insistencia del ex policía rural. Gruñó entre dientes, de mala gana:

—No lo sé, ni me importa. Mi tarea termina en el momento en que entrego a un reo al fiscal del distrito y al juez. Lo demás, es cosa de ellos, de la Justicia, de los jurados y la restante mecánica de nuestra legislación. Yo soy policía, no juez.

—¿Cree que a Valentine le interesaba matar a nadie?

—Mire, a usted le ciega su amistad de antiguo con el acusado —masculó el policía neoyorquino—. Yo me siento desapasionado en

todo esto. No me importan ni Josh Neal, ni su amigo Valentine, ni siquiera el famoso y ahora impotente Wilby Torrio. Pero sé razonar. Y Valentine es culpable. No le interesaba hacerlo, pero hubo una discusión, una situación violenta. Mató a su contrincante en la partida trágica de póker.

—Ha dicho que Torrio es impotente hoy día —sonrió Crayne—. ¿Está seguro de eso?

—¿No conoce una prisión del Estado, Crayne?

—Por referencias.

—Entonces, ya sabe a lo que me refiero.

—Sí. Y eso es lo que me preocupa.

Wagner pestañeó. Quizá disimulando, tiró unos papeles a un lado. Su voz era inexpresiva cuando declaró:

—Le repito, Crayne. Eso no me importa. Todo es cosa suya. Y de Valentine. Sé la deuda que tiene con él. No se deje deslumbrar por eso... y por la belleza de Vera, su hija. Usted es de pueblo. La ciudad está llena de esquinas engañosas. No se pieria en ellas...

Crayne suspiró, inclinando la cabeza.

—No acostumbro a perderme, teniente —murmuró—. Ni siquiera en la ciudad...

—Era sólo un aviso. Tómelo como tal...

—Ya lo hice —se levantó. Su rostro tenía una expresión dura, casi violenta—. Escuche, teniente Wagner. Usted es un policía de Nueva York. No sé si representa a los demás policías de esta ciudad. Yo, un antiguo agente provinciano, no soy quién para juzgarles. Sólo puedo juzgar lo que están haciendo con Frank Valentine. Y veo que pesa más en ustedes la fama de su pasado, de sus años en la cárcel y de las pruebas circunstanciales, que alguien pudo sembrar a su paso hábilmente, que la pura lógica, la razón y el sentido común que Dios nos proporcionó al nacer. Tal vez en algunos, ése sea un don perdido o mal administrado, no sé. Lo cierto, teniente, es que si así piensan todos ustedes, por muy policías que sean, van a encontrarse con un enemigo.

—¿Un enemigo? —rió Wagner—. ¿Quién?

—Yo. —Crayne encajó sus mandíbulas. Se había erguido, tomando a la muchacha por el brazo—. Vamos, Vera. No encontraremos ayuda aquí. Sólo verdugos.

—¡Crayne! —La voz de Wagner fue dura, casi violenta.

—Verdugos —repitió Barry, silabeando la palabra casi desafiante—. Ustedes no son policías, teniente. No son sanos. No sé si les pudre el propio rencor a cierta clase de gentes de la ciudad, su propia impotencia contra el crimen organizado, o su abandono a la corrupción que les rodea como un cáncer. Lo cierto es que empiezo a respirar mal aquí.

—Crayne, cuidado con lo que dice —advirtió el teniente, enrojeciendo, y levantándose con un dedo acusador, que se agitaba ominoso ante él.

—¿También va a acusarme de homicidio? ¿O de decir las verdades en la cara, teniente Wagner? —rió Barry, agresivamente.

Y tomando enérgicamente por un brazo a Vera, salió de la oficina del oficial de Homicidios. Esté, de su congestionada expresión, pasó a una palidez tensa y furiosa.

—¡Ese maldito palurdo!... —jadeó, rabioso, cuando se encontró solo, tras el portazo de Barry Crayne y la hija de Valentine.

No atinó a decir más. Cayó en su asiento, temblando todavía de ira. Luego, descolgó el teléfono. Y pidió los laboratorios de la Policía.

Habían caminado por las calles.

Calles largas, desiertas, silenciosas. Entre claroscuros de fotografía impresionante. Eran los claroscuros de la ciudad. Las esquinas peligrosas de la ciudad, las mismas esquinas a las que tal vez se refería el teniente Wagner, se perdían a sus espaldas. Con parpadeos de luminosos, con olor a bocas de alcantarilla o puestos nocturnos de hamburguesas, abiertos para trasnochadores y madrugadores.

Era la ciudad palpitante y sorda a la vez. El mundo eternamente vivo que fingía dormir, bajo su epidermis de cemento, cristal y hierro. La ciudad que parecía burlarse de los mismos que la hacían vivir, de aquellos que pisaban su pavimento, confiando en que sus pisadas llegaran a dejar huella alguna vez. Pero nadie deja huella en el asfalto. Nadie deja huella en la ciudad. Ella lo absorbe todo.

—¿Defraudada, Vera?

—No —suspiró ella—. ¿Por qué había de estarlo?

—Su padre va a pasarlo mal. No tendrá amigos.

Y las acusaciones son serias. Muy serias, Vera...

—Ya lo sé. Yo, sin embargo, confío.

—¿En qué?

—En un milagro. O en una ayuda milagrosa, concretamente.

—¿De quién?

—Tal vez de usted, Crayne.

—Ya oyó a ese policía. El es de esta ciudad. ¿Cree que van a dejar a un provinciano desenvolverse cómodamente, para arrancarles un éxito y complicarles la vida?

—Sólo sé que mi padre carecía de amigos. Y los pocos que tuvo, si alguna vez lo fueron, los perdió al delatar a Wilby Torrio. Únicamente tuvo fe en uno, al saber que abandonaba la protección de la cárcel: usted.

—¿Y qué puedo hacer yo, Vera? Desearía ayudar a su padre... pero no sé cómo.

—Si yo supiera cómo orientarle en eso. Pero tampoco tengo la menor idea. Lo lamento, Crayne.

Y de cualquier modo, le doy las gracias. Aunque no le sea posible hacer nada efectivo... sé que la voluntad no le ha faltado. Y eso es lo que cuenta para mí.

—Gracias a usted, Vera, por su buena fe. Siguieron caminando. Sus pasos resonaban huecamente sobre el asfalto negro, brillante, mojado. Ella chapoleó con sus altos tacones en un charco. Barry Crayne no pareció advertirlo. Iba sumergido totalmente en sus pensamientos. Y éstos no eran muy optimistas, con respecto a la suerte que pudiera correr su amigo Valentine, después de la acusación por asesinato.

Aquella partida de póker...

Allí estaba la posible clave de todo. ¿Por qué Valentine aceptó jugar en el piso de Josh Neal? No se le podía reprochar demasiado en ese sentido. Era Valentine, a pesar de todo. A pesar de la cárcel, de los años pasados en ella, del peligro latente que suponía la *vendetta* de Wilby Torrio, el americano-italiano nacido en el Brooklyn neoyorquino.

Y a Valentine, siempre le gustó el juego. Era de la clase de hombres a quienes los naipes logran fascinar irremediabilmente. Barry Crayne entendía las humanas debilidades. Quizá por eso las disculpaba.

—Creo que debería volver a Missouri —dijo, de repente, Vera Valenti.

Se detuvo Barry en seco. También ella. Giró hacia la joven streap-tease. Y ella hacia él. Se contemplaron en silencio. Larga y meditativamente.

—¿Por qué me dice eso? —demandó Barry.

—Porque en lo más sensato.

—¿Lo cree de veras?

—Sí.

—¿Espera que su padre se libre solo?

—No.

—¿Entonces...?

—Espero, simplemente, que usted sea quien se libre.

—¿Yo?

Había sorpresa en el tono de Crayne. Ella no respondió.

—¿De qué he de librarme? —insistió Barry, ante su silencio.

—De la muerte tal vez. O de algo parecido a lo que ahora le sucede a mi padre, amigo Crayne.

—¿Espera... que «ellos» también carguen contra mí sus baterías?

—Es lo habitual. Si esto responde a un plan siniestro creado por la mente de Wilby Torrio... no se olvidará de usted, siendo amigo de papá. Y, además, siendo quien usted es. Uno de los que hundieron el gran golpe de Wilby, por aquel entonces.

—Tiene cierta lógica. Pero yo no temo a Torrio.

—Papá tampoco le temía. Y ya ve dónde está ahora.

—Me gustaría saber si él es capaz de hacerme el mismo juego a mí.

—Hará otro. Los hombres como Torrio no vacilan nunca. Hacen lo más conveniente a cada ocasión. Incluso desde el interior de una prisión del Estado, no lo olvide.

—No lo olvido. Pero sigo sin tenerle miedo, Vera. Y me ha dado una idea.

—¿Una idea?

—Sí. Torrio actúa desde el interior de la prisión. Alguien, fuera de ella, actúa como lugarteniente suyo. Como el que recibe las órdenes y las distribuye.

—Sí, creo que así debe ser. Pero ¿quién recibe esas órdenes?

—Torrio siempre tuvo muchos lugartenientes tan viles como él. Buscaré... —De pronto, Barry Crayne soltó una leve risa, con la mirada fija en Vera.

—¿De qué se ríe? —demandó ella, intrigada, abriendo un poco sus bellos ojos...

—De todo esto. De repente, se me ha ocurrido algo. Una idea muy... muy francesa.

—No le entiendo.

—Evoqué cierta frase de un policía francés, que en su época tuvo fama de no perder jautas un solo caso.

—Sigo a oscuras. ¿A qué se refiere, Crayne?

—A esto: «Cherches la femme».

—No estoy fuerte en francés —sonrió día—. No me lo reproche. Papá nunca pudo darme una cultura.

—Significa: «Buscad la mujer». Ese policía francés sostenía la tesis de que detrás de todo crimen, existe siempre un motivo. Y ese motivo, está detrás de una mujer. De modo que, buscando la mujer..., se halla el motivo. Y al culpable, claro.

—¿Qué mujer?

—En este caso, debe haber una: la que tuviera amores con Wilby Torrio.

—¿Por qué supone que había una así?

—La hay siempre. Detrás de todo hombre famoso, a menudo, hay una mujer. Detrás de un hombre como Torrio, hay siempre una mujer.

Vera se mantuvo callada unos momentos. Y Barry, significativo, insistió:

—¿La hay, Vera?

—Sí —suspiró ella—. La hay. Barry.

—¿Quién es?

—Saddie Hackett.

—Saddie Hackett... —repitió él—. ¿Qué clase de chica es la tal Saddie Hackett, Vera?

—Una mujer de las que gustaban a Torrio, naturalmente. Hermosa, poco escrupulosa, capaz de todo... y llena de peligrosos encantos.

—Esas gustan a todos. Vera.

—Pues así es Saddie. ¿Le interesa verla?

—Si, me interesa.

—La encontrará en «The Blue Domino».

—¿Qué hace allí?

—Algo parecido a lo que hago yo.

—¿Streap-tease?

—Sí. —Vera se mordió el labio inferior—. Sólo que ella... es la dueña del «Blue Domino».

—Bueno, eso cambia poco las cosas.

—Sí, imagino que sí... —Algo hizo vibrar la voz de Vera Valenti, con una entonación de despecho—. ¿Va realmente a «buscar... la mujer», Barry?

—Creo que es el paso que voy a dar ahora mismo, Vera...

CAPÍTULO V

Parecía blanco.

De tan rubio y tan artificial, el pelo largo, ondulado y suave de Sddie Hackett, parecía blanco por completo. Pero su contraste con el cutis oscuro, ocre, era demasiado evidente. En ambos entraba el artificio. El conjunto, sin embargo, era muy agradable.

Además, Sddie sabía eso. Como sabía que su cuerpo todo exudaba sensualidad vibrante, ardorosa. Y realzaba todo ello sabiamente. Con una sofisticada artificiosidad, muy bien estudiada y llena de intención.

El traje, blanco también, con centelleos plateados, como su melena oxigenada, se pegaba materialmente a su cuerpo, igual que una segunda piel.

Sddie Hackett era un gran tipo de mujer. Vera la había clasificado entre las que gustaban a Wilby Torrio. Barry Crayne había replicado a eso algo muy certero y realista: la Hackett era de las que gustaban a cualquiera que llevase pantalones.

A él le gustaba. Al menos, como podían gustar aquélla ciase de chicas. No las buscaba uno para casarse con ellas, ciertamente. Pero tampoco ellas buscarían matrimonio, salvo en un tipo que dispusiera de una cuenta corriente de muchos ceros, todos ellos alineados convenientemente a la derecha de la cifra primera.

Normalmente, los hombres de esa clase, no se casaban con las chicas de su especie. Pero eso no significaba que no las buscaran, por supuesto. A una mujer, no siempre se la busca para casarse. Sobre todo, a una mujer como Sddie Hackett...

Ella tomó un largo sorbo de champaña. Costoso y burbujeante champaña francés, de límpido color dorado. Luego, estudió a su interlocutor con mirada turbia. Intencionadamente turbia, como la

dirigía siempre a los «palurdos» que pagaban champaña.

—Me gustas. Barry —dijo suavemente—. Me gustas mucho.

Barry Crayne no dijo nada. Se echó torpemente champaña. Sabía lo que costaba una botella de aquella marea, con el sello de las cavas francesas en su etiqueta. Legítimo o no, ese sello se pagaba a peso de oro.

—Tú también me gustas —dijo, a su vez, como podría haberlo dicho un tipo provinciano, con menos de dos dedos de frente, y ni siquiera un tercio de intelecto.

Ella se retorció, tan sinuosa como tina serpiente, sabía hacerlo. Y Barry Crayne sabía fingir una admiración torpona que estaba muy lejos de ser real.

—Esto es muy aburrido. —Saddie Hackett señaló en derredor suyo. «The Blue Domino» podía ser cualquier cosa, menos aburrido. Había chicas, chicas con curvas y ganas de enseñarlas, para calmar al más exigente. Y otra clase de cosas, como unifica tenue, bien dosificada, luces bien distribuidas, bebidas buenas y caras, y rincones oscuros y propicios a la aventura.

—¿Aburrido? —Barry hipó, riendo entre dientes—. Sí, creo que sí, preciosa. Pero contigo, sería difícil aburrirse... incluso en el desierto de Arabia.

—Conozco lugares mejores que el desierto de Arabia —sonrió ella, adelantando sus pechos formidables—. Y mejores que «The Blue Domino», querido.

Barry volvió a hipar. Sabía hacerlo muy bien.

Para no ser de la ciudad. Era un «palurdo» que sabía fingir muy bien. Como si realmente lo fuese. Al menos, en ese sentido.

—¿A qué esperamos, entonces? —Echó una ojeada a la cifra de la cuenta, y tiró dos billetes de cien dólares sobre la mesa—. Vamos allá, preciosa...

Ella se levantó. Al tirar Barry sus doscientos dólares, había dejado ver el rollo impresionante de billetes de cien y de veinte. Había allí al menos unos cinco o seis mil. Y Saddie Hackett tenía para eso un ojo clínico perfecto, que sabía calcular con precisión asombrosa la cantidad de dólares que podía arrancar a un tipo medio tonto.

—No tires el dinero —avisó entre dientes, mostrándole la punta de su rosada lengua—. En la ciudad, la gente quiere siempre

esquilar a los provincianos, Barry.

—Oh, no te preocupes —rió él, agitando una mano—. Esto es sólo el dinero suelto. Llevo más. Pero en mi talonario. Puedo extender hasta un cheque de cien mil, y cualquier Banco lo pagará, preciosa. ¿Eso es bastante?

Los ojos pardos de Saddie centellearon. Parecía ser a causa de la codicia. Barry sabía que no sólo lo parecía.

—Vamos —pidió ella de nuevo, aferrándole por un brazo, y rozándole con sus curvas exuberantes, intencionadamente—. Vamos ya, querido...

Salieron del «Blue Domino». Barry se dejó conducir hasta un taxi. El taxista parecía conocer muy bien a la hermosa rubia, porque la guiñó un ojo por el retrovisor, mientras Barry fingía anudarse el cordón de un zapato, hipando como un desesperado.

El taxista tenía el pelo negro, rizado y lleno de fijador y colonia cara. Olía endiabladamente afeminado. Pero no lo era. Más bien debía tratarse del clásico gigoló. El que adoran las mujeres como Saddie Hackett.

—¿A dónde, señores? —preguntó, con falso servilismo el taxista.

Ella le dio una dirección. Barry no entendió cuál, ni le interesaba demasiado. Se dejaba llevar. Los minutos siguientes, dentro del taxi, estuvieron salpicados de besos apasionados en los labios, de abrazos con aroma a perfume y de promesas de amor eterno, tan frágiles como copas de vidrio sometidas al azote del oleaje sobre un acantilado.

Siguió la comedia, sin dejarse nunca envolver totalmente en ella, aunque pareciera otra cosa. Finalmente, el taxi se detuvo en una calle poco frecuentada y mal iluminada.

—Hemos llegado —dijo el taxista—. ¿Seguro que querían venir aquí?

—Claro —dijo Saddie. Y se adelantó a Barry, pagando al taxista con un billete de cinco dólares—. Guárdese el cambio.

—¡Gracias, señorita! —se apresuró a responder él, guardando el billete con premura.

Barry dominó su sonrisa. Posiblemente, creyera haberle engañado. Pero él sabía lo que significaba aquello. El billete de a cinco, llevaba algo escrito. Un mensaje. Sin duda, formaba parte del juego de la rubia sinuosa y electrizante.

Dejaron el taxi, con su guapo taxista. Se quedó atrás, mientras Sddie abría una puerta con una plana llave Lale. Cruzaron el umbral, entrando en un vestíbulo en sombras, Bajo la escalera ascendente, se hallaba la puerta al ascensor. Entraron en él.

—¿Piso? —Hipó Barry, consultando a la joven.

—Noveno —sonrió ella.

—Noveno... —recitó agriamente, con una risita—. Muy alto, guapa. No me gustan los pisos altos...

—¿Por qué? —rió ella, rodeándole con sus brazos desnudos, frescos y perfumados. Le besó, dejándole la boca lleno de *rouge*—. ¿Por qué no le gustan los pisos altos, Barry?

—Si uno se cae de ellos, se mata —rió él a su vez, meneando la cabeza—. Mala cosa matarse, rubia. Mala cosa... No me gustaría matarme, al caer por una ventana...

Ella se estremeció, con un extraño relampagueo en los ojos. Luego, manifestó roncamente:

—No hables de esas cosas. No me gusta.

—¿El qué? ¿Matarte por una ventana del piso noveno? —dijo estúpidamente él.

—¡No! —Se enfureció repentinamente ella—. No me gusta hablar de eso. Es todo, Barry.

—Perdona —se inclinó todo lo torpemente que pudo—. Perdona, Sddie...

Ella respiraba. Tan hondamente, que su busto parecía luchar por escaparse del encierro de tela, desbordándolo generosamente. Por fortuna, no ocurrió eso. El ascensor se detuvo.

—Hemos llegado. —Barry abrió la puerta, señalando al exterior gentilmente—. ¿Vamos allá, rubia?

—Vamos allá —musitó ella. Y parecía sentirse a disgusto junto a él. Como si, de repente, algo hubiera empezado a cambiar en el juego.

Avanzaron por el pasillo, largo, alfombrado y bien iluminado. Se detuvieron ante una puerta, que Sddie señaló con firmeza.

—Aquí es —dijo ella.

—Aquí... —Barry soltó otro hipo, tan falso como los anteriores. Pero lo bastante bien fingido como para que Sddie lo admitiera como real—. ¿Tu... tu casa, rubia?

—Sí —ella, molesta, eludió sus besos en la nuca y el hombro

desnudo. Lo que haría siempre con cualquier palurdo... Giró la llave en la cerradura y empujó la hoja de madera esmaltada de gris, con el número y letra del apartamento, en cifras doradas—: Entra, Barry.

Crayne entró. Sabía que ella empezaba a estar a disgusto. Pero todavía era el provinciano con dinero, fácil de manejar por una mujer bonita y llena de atractivos físicos bien explotados por la larga práctica. Hasta que no le emborrachase y le sacara un cheque de cincuenta o cien mil —a rosta de lo que fuese—, ella no pararía. Así actuaban las chicas como Saddle. No se enfangaban por cien ni por mil dólares. Pero si se metían hasta el cuello en una ciénaga, por un puñado de miles.

Las luces del apartamento eran todas ella tenues e indirectas. Muy bien instaladas. Como la decoración, los muebles y las alfombras. Todo escrupulosamente dispuesto, todo estudiado para una intimidad tan falsa como los mimos de la ocupante del apartamento.

—Me gusta esto —mintió soberanamente Barry Crayne, con un suspiro de beodo—. Me gusta tu casa, preciosa. Y me gustas tú. ¡Demonio, este Nueva York es algo grande! La ciudad siempre tiene cosas buenas, ¿eh, rubia?

Ella hizo un gesto de profundo hastío. Hasta ahora, Barry se comportaba como todos. Seguramente como «todos» los que pisaron antes aquel piso, con una saneada cuenta y un cerebro estrecho y nublado, de provinciano fácil de manejar.

Barry se tiró en un diván, riendo estúpidamente. Saddle tiró a un lado su capa de seda blanca, dejando de nuevo sus hombros desnudos y su profundo descote a la vista. Las eternas armas de la mujer, empezaban a jugar contra el visitante.

—Puedo prepararte algo de beber —dijo ella, moviéndose hacia un rincón decorativo y moderno, con ademanes mecánicos, repetidos mil veces sin duda—. ¿Qué te gusta? ¿Whisky, ginebra, brandy...?

—Brandy —pidió Barry—. Brandy con soda, rubia...

Ella le sirvió lo pedido. Se sirvió algo para sí misma, del mueble bar iluminado del que extrajera dos botellas, vasos y soda. Regresó junto a Barry, pensativa. Parecía entregarse por completo a su visita. Pero él sabía que eso no era cierto.

—Descansa, querido —le invitó ella—. Estás aquí, conmigo. Con una chica que te va a hacer grata tu estancia en Nueva York...

Se dejó envolver en los brazos turgentes, desnudos, perfumados. Se dejó besar, engañar premeditadamente... De súbito, ella dejó de rodearle, de ceñirle con sus caricias. Había girado la vista hacia la puerta del fondo de su *living*. Barry, también.

—¿Ocurre algo? —sonrió él, con gesto estúpido.

—No, no, nada... —Ella respiró con dificultad. Luego, tragó saliva—. Me, me pareció oír... por un momento... algo raro. Pero no es nada. Estamos solos aquí, cariño...

Iba a envolverle de nuevo en su lazo de ternuras a precio fijo. Barry, por encima de la piel tersa de su brazo, mantenía fija la mirada en aquella puerta.

El ruido se repitió. Capto la vibración inquieta en la carne cálida de Saddle.

Bruscamente, la apartó de un empujón. Ella ahogó un grito de sorpresa. Barry Crayne, repentinamente lleno de energía, actividad y pleno dominio de su serenidad, corrió a través del *living*, alcanzó la puerta y tiró hacia sí bruscamente...

Se encontró con el hombre.

Estaba armado. En su mano firme, sin una vacilación, la automática le apuntó directa, inexorablemente. Los helados ojos negros, parecieron perforar su piel, sus huesos, su propio cerebro.

A su espalda, Saddle Hackett gritó roncamente, con incredulidad:

—¡Oh no, no! ¡Tú...!

—No se mueva, palurdo —avisó fríamente el hombre que surgiera inesperadamente tras la puerta de la cocina de Saddle—. No se mueva... o le mataré.

Barry Crayne se mantuvo rígido, inmóvil. Pero sus labios modularon unas palabras. Muy pocas:

—Buenas noches... —Silabeó—. Usted... usted es Wilby Torrio...

CAPÍTULO VI

—Soy Wilby Torrio. ¿Y usted quién es?

Wilby Torrio... El hombre sentenciado a varios años de prisión, estaba en libertad. Lo mismo que Frank Valentine, su víctima.

Barry Crayne, inesperadamente, se encontraba frente al gángster que hubiera tenido que seguir durante diez años más en la cárcel. Libre. Armado. Y con el brillo del homicida en los ojos oscuros, de rasgos latinos.

—Barry Crayne —recitó él, lentamente.

—Barry Crayne... ¿Nos conocemos?

—Sí.

Saddie Hackett parecía estupefacta. Más por la repentina ausencia de muestras de embriaguez en Barry, que por la presencia misma del prohombre del hampa de Nueva York.

—¿De qué, Crayne? —indagó Wilby Torrio, sarcástico y duro a la vez.

—Una vez estuvo a punto de desvalijar a mi empresa. Yo la salvé. Pero antes, lo hizo otra persona: Frank Valentine.

—¡Valentine! —Los ojos de Torrio brillaron, cuajados de odio—. De modo que era eso... ¿Usted es el amigo de Valentine?

—Soy el amigo de Valentine.

Seguían midiéndose como dos gallos a punto de pelear, Pero sus espolones eran muy diferentes. Barry no tenía en la mano una automática presta a disparar. Torrio, sí.

—¡Wilby, yo no lo sabía!... —jadeó ella, corriendo hacia Torrio—. ¡Yo ignoraba que él fuese amigo de Valentine! ¡Ha fingido estar borracho, ser un palurdo fácil de manejar...!

—Imbécil —la espetó él, agriamente—. Siempre fuiste tan imbécil como hermosa. Saddie. Te dejarías engañar por cualquiera,

maldita estúpida.

Ella se encogió, igual que si la abofetearan. Barry Crayne continuaba frente a Torrio, No parecía impresionado por la pistola automática.

—¿Sabe que podría matarle, Crayne?

—Claro que lo sé. Usted puede matar en cualquier momento. Torrio. Incluso desde el interior de la cárcel. Sus tentáculos son largos.

—Ahora no estoy en la cárcel.

—No, no está. ¿Cómo lo hizo? ¿Sobornó a algún guardián? ¿O mató para salir de allí?

—Lo que cuenta es que salí, Crayne.

—¿Para matar a Valentine, o para verle sentenciado a la silla eléctrica?

—Eso no le importa.

—Volverá a prisión. Y por largo tiempo. Escapar, no resuelve nada. Torrio. Usted puede hacerlo, porque tiene medios. Pero nadie impedirá que vuelva allá.

—Será un regreso feliz... si alguien paga su deuda conmigo —rió Wilby Torrio, torciendo la boca malignamente.

—¿Ha salido para eso?

—Le dije antes que eso no le importa, Crayne. ¿Por qué no se ocupa de su propia vida?

Porque carece de importancia para mí. —Barry se encogió de hombros—. ¿Sabe por qué he venido basta aquí con su rubia amiguita?

—No, ni me importa.

—Se lo diré, a pesar de todo. He venido en busca de la persona que movió los hilos del guiñol.

—¿Qué guiñol?

—Él de la muerte de Josh Neal. Y la acusación contra Frank Valentine.

Pasó algo raro. Muy raro. El rostro de Torrio se puso tirante. Incluso perdió algo de color. O era un gran comediante, o algo le había sorprendido de veras.

—¿Qué ha dicho? —masculló, con voz dura.

—No se las dé de nuevas, Torrio. Sabe perfectamente lo que ocurre. Sus amigos se han portado bien en preparar la trampa. La

trampa para el tigre, en la selva de la ciudad. O mejor dicho, la trampa para un hombre: Frank Valentine.

—¿Está loco?

Josh Neal, «Ratón» Waddell y Walt Kingsby. Un juego perfecto. Ellos invitan a Valentine a lo único que él jamás rechazaría: una partida de póker. Acude. ¿Y qué sucede? Muere uno de los jugadores de la partida: Josh Neal.

—¡No! —jadeó Torrio, estupefacto.

—Y se halla frente a él a Frank Valentine, Con el arma que siempre fue suya, antes de salir de prisión. La acusación es clara. El arma utilizada fue precisamente ésa. Josh Neal fue asesinado por Valentine. Puede ir a la silla eléctrica por ello. La venganza de Wilby Torrio se ha cumplido. Todo perfecto, cerebral. Y lleno de eficacia.

Wilby Torrio permaneció unos segundos silencioso, mordiéndose el labio inferior. No bajó el arma. Ni los ojos. Pero inesperadamente declaró:

No sé de qué me habla. Crayne. Ni siquiera sabía que hubiera muerto Josh Neal. ¿Eso es cierto?

—Sí.

—Josh Neal no trabajaba conmigo, desde hace años.

—¿Con quién, entonces?

—Con Lucky Duke. Mi rival directo. Crayne.

Barry soltó una seca carcajada. El dedo de Torrio tembló en el gatillo. Preguntó ásperamente;

—¿Por qué se ríe?

Es ingenuo, Torrio. Nadie va a tragarse eso. Usted escapa de presidio. Josh Neal muere, aparentemente a manos de Valentine. ¿Y Lucky Duke era el jefe de Neal? ¿Qué pretende dar a entender con ello? ¿Matar, a la vez a dos pájaros de un tiro? ¿Valentine y Duke?

—Cierre el pico o le mando al infierno, maldito sea —aulló Torrio con ira—. Yo nunca miento. ¿Quiero saber una cosa?

—Quiero saber muchas. Torrio. Pero dudo que usted me las cuente.

—Le contaré una: por qué estoy aquí.

—Puede que yo sepa contarla también. Escapó para vengarse de Valentine.

—Eso es. Para matarle, Crayne.

—Lo de la partida de póker, es como matarle. Valentine no podrá eludir la acusación de asesinato. El fiscal procurará cargar las tintas. Es como juzgar a un mundo; el suyo, Torrio. Es como poner en la picota al gangsterismo y su gente. Valentine no escapará a la máxima pena.

—Me tiene sin cuidado eso. Me beberé una botella de *whisky* cuando Valentine se vaya al diablo. Pero no sé nada de ello. No envié a Josh Neal y a los demás para esa partida de póker. No sé absolutamente nada. No dispuse la trampa. Y no ordené matar a Neal. En ese caso, ¿para qué hubiera huido de la prisión, Crayne? Sería estúpido, ¿no le parece?

—Posiblemente tenía que estar fuera. Para disponer la trampa mortal.

—Es ingenuo. Yo podía dictar órdenes y disponer una trampa así, sin salir de la prisión. Escapé para matar a Valentine. En cuanto supe que estaba en libertad, traté de saldar cuentas. Personalmente, Crayne.

Barry se mantuvo en silencio unos momentos. No separaba su mirada de Torrio. Era como si, de repente, una nueva luz hiriese sus retinas. Y su mente.

—Sí... —confesó por fin—. Creo que sí... Podría haberlo hecho sin salir de allí. Algo carece de sentido aquí, Torrio.

—Todo —cortó el gángster—. Yo no dispuse la muerte de Neal. Yo prometí matar a Valentine en persona. Por mi propia mano.

—Eso puede ser falso.

—No es falso —rió Torrio—. No tengo por qué engañarle. Igual que mataré a Valentine, voy a matarle a usted. ¿Por qué había de mentir?

Barry Crayne miró de soslayo a la rubia Saddie. Repentinamente, gritó:

—¡No, no haga eso, Saddie!

Torrio miró hacia ella. Apenas durante una fracción de segundo; Barry Crayne saltó sobre Torrio... para encontrarse con el cañón de la pistola automática contra su pecho.

—Sería ingenuo que tratara de engañarme con eso, Crayne. ¿Esperaba desarmarme acaso, con un truco de principiante?

Barry encajando las mandíbulas a dos pulgadas su rostro de la maciza faz meridional del pistolero de Brooklyn, supo que estaba

vencido. Torrio era demasiado agudo y malicioso para dejarse ensañar por trucos así.

—Lo siento —sonrió Barry forzadamente—. Pudo haber resultado. Vamos, Torrio, dispare ya. ¿A qué espera?

La mirada oscura y fría de Wilby Torrio, no se apartó un ápice de Crayne.

—¿Qué liaría usted si le dejara salir de esta casa con vida, Crayne? —indagó de súbito.

—Denunciar que le lié visto aquí —silabeó Barry Crayne.

—Me gusta —rió Torrio.

—¿Qué le gusta? —Se irritó Crayne.

—Su sinceridad —inesperadamente, Torrio separó el arma de su pecho. Con ella, señaló la salida—. Váyase. ¡Váyase de una vez!

—Pero...

—¿No me ha oído, necio? ¡Lárguese ya! Antes de que me arrepienta... y dispare.

Barry se separó de él. Le contemplaba con vivo estupor. Pero Torrio, el gángster, no disparaba. Saddle parecía tan asombrada como él mismo.

—¿De verdad va a dejarme marchar? ¿Aunque le delate nada más pisar la calle?

—Eso dije —rió Torrio. Meneó la cabeza, dubitativo—. Y creo que usted no va a denunciarme.

—Sueña usted, Torrio. Sueña imposibles.

—Tal vez. Pero no creo equivocarme con usted, Crayne. No será capaz de denunciarme si le dejo salir con vida de aquí. Me parece de esa clase de tipos. Quizá por ello le dejo escapar.

—Yo no he prometido tal cosa. No tengo por qué ser noble con usted.

—Claro que no, Pero lo será. Así son la gente como usted y como yo. Llegado el caso, hacemos todo lo contrario de lo que creemos que es nuestra obligación. E incluso de lo que prometimos hacer. ¡Vamos, lárguese ya! Mi paciencia se agota...

Barry Crayne no dejó que se agotara del todo la providencial paciencia misericordiosa del gángster. Se movió hacia la salida del piso. Lo abandonó, con una última mirada a la asustada y hermosa Saddle Hackett y a su amante, el pistolero famoso en el bajo mundo de Nueva York.

Poco después, creyó oír sollozos, golpes y ruidos dentro del apartamento de Saddle. No regresó por ello. Lo que pudiera suceder entre el pistolero y su amiga, era cosa de ellos. Eran lobos de una misma manada. Podían morderle mutuamente, sin que él tuviera por qué intervenir.

Algo, sin embargo, había cambiado de súbito. Su seguridad en muchas cosas se tambaleaba.

¿Era culpable Wilby Torrio? ¿Dispuso él la trampa de muerte con la trágica partida de póker en la que murió Josh Neal, y fue acusado de asesinato Frank Valentine, el enemigo mortal de Torrio?

¿Era culpable realmente... o había tenido razón Torrio al asegurar que él buscaba otra clase de venganza y que estaba tan sorprendido como él mismo, por la muerte de Neal y todo lo demás?

Sí, algo había cambiado.

Barry Crayne, ahora, no citaba ya seguro de nada.

Las cosas; eran más difíciles que nunca. Sobre todo, para Frank Valentine...

Era un hombre muy alto y recio. De grandes manos macizas. Estudió a Barry Crayne, pensativo. Luego, movió sus mandíbulas, mascando goma con olor a menta.

—Sí, Josh Neal era mi vecino, Crayne. Hacía tiempo que lo era, aunque nunca me gustó su vecindad. Teniendo una hija joven, los tipos como Neal y sus amigos, siempre son peligrosos.

—¿Usted tiene una hija?

—Sí —suspiró el agente Stoddart—. Por fortuna, para poco en casa. La tengo estudiando en Albany. En una escuela de señoritas, la Eastem High School. Solamente viene por Navidad y verano. Pero aun entonces, la proximidad de Neal y sus amigos, era como una epidemia demasiado cercana.

—¿Alguna vez molestaron a su hija?

El agente de la policía metropolitana, Pete Stoddart negó lentamente con su cabeza recia, levemente pelirroja. Los limpios ojos azules, miraron a Barry con fijeza.

—No, por supuesto —dijo simplemente—. No se lo hubiera consentido tampoco, ésa es la verdad. Pero pecaría de injusto si dijera que esos bribones molestaron a Anne. Ella ha estado aquí con escasa frecuencia. Y jamás, cuando estuvo, se vio insolentada o

importunada por nadie.

—Dejemos eso, Stoddart. Me gustaría que me hablase de Neal. ¿Qué clase de tipo era?

—¿Cómo son las ratas?

—¿Eh?

—Bueno, ya me entiende —rió el policía—. Neal no se metió nunca con nosotros. Pero una rata, aunque no le muerda a uno, no deja de ser rata y encerrar un peligro. Así era Neal.

—A pesar de todo, vivía aquí. Y era vecino de usted, un agente de la Ley.

—En estos apartamentos, éramos ciudadanos vulgares. Todos, Crayne. El, tanto como yo. Éste es un país libre, donde todos gozamos de iguales derechos. Neal nunca tuvo nada que le pudiera hacer acreedor a un despido inmediato. Por eso vivía aquí. Por eso nadie le arrojó de casa.

—¿Y las partidas de póker? El juego es ilegal en este Estado...

—Jugaban en secreto. Hasta esa noche, nadie hubiera sospechado en absoluto. Yo mismo iba a salir de servicio cuando sucedió el drama. Oí los disparos, presentí algo raro, y acudí apresuradamente. Otros vecinos se me unieron. Descubrimos la timba. Y el cadáver. El juego, con toda su trascendencia legal, pasaba a segundo término, a la vista de un cadáver. Y de un culpable.

—A eso voy —suspiró Barry Crayne—. ¿Le pareció realmente culpable el tal Valentine?

Los ojos azules del policía se entornaron, lidiando curiosamente a Crayne.

—No le entiendo —confesó, tras una duda.

—Quiero decir que en la estancia, usted halló un cadáver, tras la trágica partida de póker. Eso está sobradamente claro. También que había un sospechoso, un... culpable, siguiendo su informe. Ése era Frank Valentine. Pero... ¿le pareció que Valentine podía ser forzosamente el único sospechoso, capaz de haber cometido el delito?

—Ahora sí le entiendo —el agente de la metropolitana se encogió de hombros—. Creo que hasta el juicio contra Valentine, me está prohibido hablar de eso. Usted no es sino un antiguo policía rural y un amigo de Valentine. ¿Se da cuenta de que no solamente

no estoy obligado a darle datos concretos, sino que incluso debería sellar mis labios y no hablar con usted, Crayne?

—Claro —sonrió duramente Crayne—. Sé lo que puede y lo que quiere o no quiere hacer, Stoddart. Sólo apelo a usted como un compañero. Puede negarse o ayudarme. No utilizaré esto en el juicio contra Valentine. Pero tampoco le engañaré. Si logro testimonios a favor de Valentine, trataré de sacarle del atolladero.

—Valentine es un delincuente, un ex convicto. Y usted un policía. —Stoddart le contempló largamente—. ¿Tanto le debe?

—Sí. Le debo miles de dólares. Y la vida. Quizá otras vidas también, eso no lo sé. Una vez, Valentine se portó muy bien conmigo.

—Ya veo. —Stoddart le contempló con simpatía. Era la simpatía sencilla y firme del hombre recio, simple, honesto. La simpatía de un simple polizonte neoyorquino, quizá también de origen rural. Meneó la cabeza al fin manifestando con cierta energía—: Está bien. Le ayudaré. ¿Qué me preguntó?

—Si algún otro del grupo pudo ser culpable. Si cabe alguna duda razonable, al margen de las pruebas testificales, sobre la culpabilidad de Frank Valentine en la muerte violenta de Josh Neal durante aquella partida de póker.

Stoddart se rascó la cabeza. Al fin, declaró con sequedad:

—Para el fiscal del distrito, no habrá muchas dudas. «Ratón» Waddell y Walt Kingsby, testificarán contra Valentine.

—¿Y... para usted?

—Bueno, a mí me abrió «Ratón». Entré. Dijeron que la luz no funcionaba. No parecía cierto, porque al mover el interruptor, se encendió. Ellos sostuvieron que antes no había sido así. Vi a Valentine, con la pistola a sus pies. Recién disparada. Ante él, la mesa de póker derrumbada, los billetes y naipes por el suelo, el ventanal abierto, asomando a la terraza y a la ciudad, y un poco a su derecha. Walt Kingsby, tan asustado como todos ellos. Naturalmente, Neal en el suelo. Muerto a tiros. También él había disparado, pero en vano. La bala estaba clavada en el muro, al fondo de la habitación y frente al ventanal. Debí tirar contra Valentine, sin atinarle, ya con la agonía en su ser.

—Sí, así me lo contaron, Stoddart. Gracias. Quería saber si todo era exacto. Veo que lo era.

—¿Qué esperaba?

—No sé. Quizá algún indicio... de que Frank no fuese el único capacitado para matar a Neal.

Stoddart se frotó los nervudos dedos contra el azul uniforme. Meneó la cuadrada cabeza agudamente. Luego, sonrió torciendo su boca con un aire casi infantil y a la vez malicioso.

—Le entiendo —musitó—. ¿Otro sospechoso?

—Quizá.

—Bueno, allí se disparó contra un hombre. Había otros tres.

—Eso he pensado.

—El arma era de Valentine. La pelea, con Valentine. Y las huellas en el arma, fueron de Valentine.

—¿Eso lo ha dicho el laboratorio?

—Sí. También era suya la bala que mató a Neal.

—Bueno, eso parece cerrar el caso. A menos...

—A menos... que alguien acumulara todo eso contra Valentine, ¿es lo que está pensando?

—Sí.

—Pudo suceder —suspiró Stoddart—. Cosas más raras ocurren a veces en el mundo, Crayne.

—¿Y bien?

—Pero eso no quiere decir que sucediera. No en este caso.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo... que «Ratón» Waddell o Walt Kingsby... mataran realmente a Neal.

Barry Crayne miró con calma a Pete Stoddart, agente de la metropolitana de Nueva York. Luego, gruñó entre dientes:

—¿Pudo ser?

—Pudo ser. ¿Por qué no les pregunta a ellos?

—Lo haré. ¿Están en Jefatura? ¿En prisión acaso?

—No —negó Stoddart—. Están libres;

—¡Libres!

—Eso es. Tendrá que buscarles. ¿Sabrá cómo hacerlo?

—Tal vez sí. Pero ¿cómo les dejaron libres? Jugar al póker con las posturas que ellos lo hacían..., no es legal.

—Bueno, se les arrestó por eso —sonrió Stoddart—. Pero alguien les sacó del apuro.

—¿Fianza?

—Sí.

—¿En metálico?

—Creo que diez mil por cada uno.

Barry silbó entre dientes. Una luz rara centelleó en el fondo de sus pupilas.

—Es mucho dinero, Stoddart.

—Mucho, sí. Yo lo vi pagar, cuando les llevé arrestados. Me dio un dolor de barriga, pero no podía hacer nada. Ni tampoco el teniente Wagner.

—¿Quién pagó todo eso? ¿Algún amigo de Wilby Torrio?

Stoddart se echo a reír, meneando negativamente la cabeza. Luego, declaró:

—No creo que se le pueda llamar precisamente así, Crayne.

—¿Quién pudo ser entonces?

—Él peor enemigo de Torrio. Otro prohombre del hampa de Nueva York, tan peligroso y duro como el propio Torrio. Lucky Duke.

—¡Lucky Duke!

—Sí. ¿Ha oído hablar de él?

—No hace mucho me lo citaron —rió Crayne, con cierta ironía—. De modo que Duke está protegiendo a «Ratón» Waddell y a Wall Kingsby.

—Eso parece.

—En ese caso, tal vez protegía también a Josh Neal... e incluso pudo hacerlo matar.

—Cabe en lo posible, según sus teorías, Crayne. Pero ¿qué ganaría él con eso?

—Que me ahorquen si lo sé —suspiró Crayne tendiendo la mano abierta al agente de policía—. De todos modos, gracias por la ayuda.

—De nada, colega —rió Stoddart—. ¿Cree realmente que le ayudé? —Sí, me ayudó mucho. Ahora, ya tengo a quiénes dirigirme—. ¿Waddell y Kingsby? —Eso es—. Barry soltó una leve, áspera risita. —Y también otra persona: Lucky Duke...

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO VII

—¡Oh, no! —Abner gimió, apoyándose en ambas manos al verle entrar—. ¡Usted otra vez!

—Sí, yo otra vez —rió Barry Crayne—. El «palurdo» amigo...

Elvis Presley seguía en la radiogramola, con una fidelidad pasmosa. Chicas como Lucy y Jill, rodeaban la gramola, escuchando su música epiléptica su voz incolora y rasposa. Pero las más, eran como Lucy, la ratera. Jill no estaba allí. Aunque tampoco LUCY. Posiblemente estuviera ocupada con alguien.

—¿Va a tomar algo o busca a Jill? —demandó Abner.

—Las dos cosas. Deme un doble *whisky* con soda.

—¿No será muy fuerte?

—La noche es larga.

—¿Noche? Es madrugada. Y pronto amanecerá, amigo.

—Aún falta —rió Crayne—. Deme ese doble con soda. Y una rodaja de limón dentro.

—Habló también de Jill. ¿La quiere dentro del vaso?

—No creo que puedan pasar sus caderas por los bordes.

—Podría probarse, ¿no?

—Mejor será que no probemos. ¿Tiene su dirección?

—¿Hay líos?

—No. Quiero que me ayude en algo. Es todo.

—Parece que usted la ayudó antes a ella —comentó Abner—. O estaría aquí de vuelta. Si es sólo para eso, le diré dónde vive. No está lejos.

—Gracias —apuró el doble *whisky*, y Abner casi temió que se tragara la rodaja de limón. Chascó la lengua, antes de inclinarse a recoger la rápida nota del barman.

Éste recogió el dinero que le tendía. Un billete de dos dólares.

Pero no le devolvió el cambio. Barry le había señalado que se lo quedara, con rápido gesto.

—Espero que Jill me ayude realmente —comentó Barry.

—Ella puede ser muy generosa —le guiñó Abner un ojo—. Sobre todo, con los que se portan bien.

—Supongo que sí. Pero en este caso, todo depende que le sea posible demostrar esa generosidad... —comentó Barry, antes de salir del local, dejando tras de sí el humo, la luz, las chicas de piernas esbeltas y caras maquilladas, y el maldito disco de Elvis en la gramola tragaperras.

—¡Barry Crayne!

—El mismo, en carne y hueso, Jill Lane.

Jill Lane bostezó, luchando con el sueño. Parecía realmente abatida por algo. No tardó en confesar por qué.

—Me extrañaba que pudiera dormir a gusto una sola noche —dijo amargamente, echándose a un lado—. Era demasiada dicha. Pero entra. Tú puedes hacerlo, aunque me está prohibido meter visitas en casa...

Barry entró. Aparte esa posible prohibición de admitir visitas, tampoco el alojamiento de Jill, en la modesta casa repleta de olores a frituras, ropas apolilladas y patios con desperdicios, era de lo más apropiado para tales recepciones.

La bata que cubría las formas plenas y arrogantes de la muchacha, era una raída pieza de seda deslucida, con lunares rojos y ocre, singularmente descoloridos. La cama de donde se levantara, y que aún parecía despedir el tenue calor de su carne juvenil, tampoco era la de una princesa, ni siquiera el resto del mobiliario podía considerarse aceptable. El empapelado de los muros, ofrecía ronchas de humedad y decoloración. Todo ello, formaba un conjunto deplorable. Y deprimente.

—Siéntate —invitó, señalándole una butaca relativamente digna—. No te puedo ofrecer nada mejor. ¿Café?

—Si no te cuesta mucho trabajo...

—No, no. Estará en seguida. —Jill prendió el fogón de gas, en un rincón de la estancia. Puso agua a hervir, y manipuló con un tarro de cristal de café concentrado. Mientras lo bacía, miró de soslayo a su visitante—. ¿Por qué has venido?

—No lo sé, Jill. Quizá deseaba verte otra vez. Acaso quería

comprobar si realmente te habías retirado a descansar. O posiblemente he pensado que tú eres una de las personas que puede ayudarme...

—¿A qué, Crayne? Yo no acostumbro a recibir visitas masculinas que me pidan ayuda. Me piden toda clase de cosas, menos eso.

—Lo imagino —suspiró Barry, lentamente. Desvió la mirada de Jill—. Dime, amiga mía, ¿conoces a mucha gente de este mundo?

—No sé si te entiendo.

—Creo que me entiendes. Alguien me dijo que unos amigos míos frecuentan estos lugares de la ciudad. Es una casualidad fantástica. Pero el inframundo neoyorquino, pese a su amplitud, se localiza en puntos muy concretos. Éste es uno de ellos, Jill: tu barrio, el distrito en que tú te mueves. ¿Podrías ayudarme?

—No sé aún a qué o quién te refieres.

—Busco a tres personas: «Ratón» Waddell, Walt Kingsby... y Lucky Duke.

Siguió un silencio espeso, tirante. Ella apretó los labios. En el hornillo de gas, el agua empezaba a hervir, con un gorgoteo sordo. Al volverse hacia Barry, por la abertura de su bata pugnaba por brotar la carnosidad agresiva de su seno.

—Lucky Duke... —repitió sordamente.

—Sí. ¿Le conoces?

—¿Quién no le conoce? Lucky Duke es alguien en el bajo mundo. Un tipo notable.

—Sí, eso creo. ¿Le conoces sólo por eso?

—No —negó ella, formando con ella una afirma— ciña—. Le conozco por algo más, Barry.

—Sigue.

—Ha estado a veces conmigo. Me ha llevado en su lujoso «Cadillac» rojo. ¿Sabías que el rojo es su color predilecto? Lleva corbatas rojas, tiene un «Cadillac» tapizado en rojo, un chofer uniformado de rojo, un rubí en su mano, sobre un anillo de platino...

—El rojo es el color de la sangre —comentó Crayne muy despacio.

Jill Lane se estremeció, tragando saliva.

—Sí —susurró. —Pero yo no sé nada de eso. Para mí, Duke, fue un hombre generoso y tosco. Como la mayoría, Crayne.

—¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

Ella vaciló. Su vacilación fue ostensible, aunque luego intentó disimularla con sus manipulaciones en el café humeante que estaba confeccionando. Al volverse para servir a Crayne la infusión, éste mantenía clavados sus ojos en ella. E insistió, tensa la voz:

—¿Lo sabes, Jill?

—Sí —aseguró roncamente ella—. Lo sé, Barry... No podría negártelo, ésa es la verdad... No a ti, Barry.

—Bien. ¿Dónde está ahora Lucky Duke?

—Ve al «Paradise Garden». Allí lo encontrarás. —Es un local que regenta habitualmente Walt Kingsby. Pero es propiedad real de Duke.

Barry sorbió el café, caliente y espeso. Chascó la lengua, guiñando el ojo a la muchacha.

—Gracias —dijo—. El café es bueno. Y la información, también.

—¿Vas a marcharte? —indagó ella, viéndole la intención.

—Creo que sí. El «Paradise Garden» no estará abierto hasta el alba. Y la madrugada está muy adelantada ya. Debo ir allá, querida...

Suspiró Jill Lene, desanudando su bata de seda descolorida. Debajo no llevaba apenas nada. Batir contuvo el aliento, incorporándose.

—Es muy fuerte la tentación —susurró—. Pero no me puedo quedar. Jill. Y de veras lo siento. Hay algo más importante que esto. Más importante que tú y que yo...

—¿Qué puede ser, Barry? —musitó ella, erguida junto a su lecho, cubriéndose el seno con sus manos cóncavas.

—La vida de un hombre. Un buen hombre llamado Frank Valentine. Un hombre que ya ha sufrido demasiado...

Y dando media vuelta, abandonó la estancia. La puerta del piso, sonó tras él con seco chasquido. Jill Lane, se dejó caer sobre el lecho. Estaba llorando.

—¿Qué ha venido a buscar aquí?

Barry Crayne contempló la mano sepultada en la blanca chaqueta de hilo de Lucky Duke. No era difícil imaginar lo que encerraba aquel bolsillo. Casi se dibujaba nítidamente bajo la tela.

Tampoco Waddell, el pistolero, y Walt Kingsby, el otro compañero de juego de la dramática partida de póker, desviaban de

él su mirada. Ni la mano de la proximidad ominosa de su sobaco, donde uno se podía imaginar fácilmente que había algo.

Barry soltó una breve risa, mirando a ambos pistoleros con expresión desafiante.

Será mejor que bajen las manos de ahí —observó—. Es muy incómoda esa postura, amigos.

—Pero muy prudente con tipos como usted —silabeó «Ratón».

La risa de Barry, sonó ahora más insultante aún.

—No me hagan reír —comentó—. ¿Creen de veras que voy a tragarme eso? Sé que no llevan arma alguna. Ninguno de ustedes sería tan estúpido como para correr el riesgo de verse sorprendidos por la policía con un arma de fuego encima..., disfrutando de libertad condicional, Y si lo son realmente, Duke no dejará que tanta estupidez prospere.

«Ratón» Waddell y su compinche Kingsby, se miraron con estupor, dudando sobre lo que debían decir o hacer. Lucky Duke les libró de ese grave dilema, soltando una agria carcajada. Luego, les avisó abruptamente:

—Será mejor que se larguen, muchachas. Su aire melodramático no va a impresionar a nuestro visitante, por lo que veo. Es más inteligente que ustedes dos. ¡Vamos, fuera!

Waddell y Kingsby salieron en silencio, tímida y servilmente. Barry Crayne se quedó solo con Duke. Éste había sacado lentamente la mano de su bolsillo, sin dejar de mirar a su visitante.

—Yo no estoy en libertad provisional —avisó Dulce—. Puedo llevar armas.

—Y las lleva —rió Barry—. A usted no le dije nada.

—Es muy listo.

—Gracias.

—Pero todavía cree serlo más.

—Puede ser. ¿Por qué sacó de aquí a su gentuza, Duke? ¿Teme que hablen demasiado y descubran quién planeó el juego sucio contra Valentine?

—No temo nada. Ni tengo cosa alguna contra Valentine. Mi gente no hubiera levantado un dedo hacia él, intencionadamente. Las deudas de Valentine son con otro.

—¿Wilby Torno?

—Usted lo sabe tan bien como yo. Crayne. ¿Qué anda buscando?

—Un culpable que no se llame Frank Valentine.

—Yo no creo que ese culpable sea Valentine —suspiró Duke—. Josh Neal había abandonado hace tiempo a Torrio. Trabajaba conmigo. Si peleó con Valentine, fue accidentalmente, por cosas personales. Si Valentine le mató... fue por esas mismas cosas personales.

—¿Y si Valentine no le mató?

—Entonces, fue cosa de Torrio. Un plan diabólico para vengarse. Torrio tiene sangre italiana. La *vendetta* es algo sagrado para un italiano.

—¿Y usted? ¿No es hijo de italianos?

Lucky Duke se mordió el labio inferior. Desvió la mirada.

—Sí —confesó—. Mi nombre auténtico es Luciano Duchi. Se americanizó aquí, hasta convertirse en Lucky Duke. Pero yo no tenía razón para vengarme de Valentine.

—¿Y... de Torrio?

—Eso es otra cosa —encajó las mandíbulas fieramente. Sus ojos brillaron peligrosos.

—No, no es otra cosa.

—¿Qué insinúa?

—Usted pudo matar a Neal, y culpar a Valentina. Todo ello para acusar posteriormente a Torrio de esa conspiración. Un juego sinuoso y complicado. Pero fácil para una mente diabólica, como la suya.

—Me hace un gran honor —rió Duke, extendiendo las manos—. Sólo que no fue así. Josh Neal invitó de buena fe a Valentine. ¿Sabe una cosa? Queríamos atraerlo a nuestro grupo, ganarnos un buen compañero para la lucha contra ese puerco de Torrio.

—Parece plausible. Pero no sé si es cierto. —Barry esbozó una sonrisa—. Usted ya sabe que Torrio ha escapado de prisión, ¿no es cierto?

—Sí —suspiró Duke—. Lo supe nada más suceder. Es una torpeza. Le darán caza, Crayne. Eso no debió hacerlo nunca. Además, le podrán culpar de la trama contra Valentine.

—Justamente lo que usted quería. Acaso dispuso el juego al saber que Torrio estaba en libertad. Un tiro indirecto, que a usted no le perjudicaba.

—Quiere saber demasiado. Crayne. Y especula mucho. ¿Ha

pensado que puede verse agujereado repentinamente?

—Lo he pensado, sí.

—Es un tipo duro, ¿eh?

—Hasta cierto punto —asintió Crayne.

—¿Qué busca?

—Ya se lo dije: la inocencia de Valentine. Es mi amigo.

—No puedo ayudarle. No sé lo que ocurrió allí. Y yo no tuve nada que ver en ello. Fue cosa de Wilby Torno. Quería vengarse de Valentine y dispuso el juego. Mató a uno de mis hombres para ello. Todo lo que puedo hacer, es matar a Torrio. Pero eso no es fácil. Ni creo que salve la vida de su amigo. Además, ¿por qué habría de hacerlo yo, aunque me fuera posible?

—Claro. No tiene por qué hacerlo. Torrio y usted se detestan, pero son lobos de la misma especie. Se despedazarán entre sí, sin permitir que sea otro quien cace al contrario. Es como un caso de propio prestigio, de orgullo y de superioridad. ¿No es cierto?

—Así ha sido siempre. Luchamos uno contra el otro. A nuestro modo, y sin admitir advenedizos ni polizontes.

—Despedácese, si quieren —silabeó Barry Crayne—. Pero no toleraré que despedacen a otros, sólo por destruirse entre sí. Esto pudo ser la venganza de Torrio. Pero también puede haber sido una idea suya.

—¿Mía? ¿Cómo podría yo haberla llevado a cabo?

—Fácilmente. «Ratón» o Kingsby la realizaron. Pudo haber sido alguien desde la casa de enfrente, pero entonces no llevaría Neal las balas del arma de Valentine en el cuerpo, cuando el arma de éste aparecía a sus pies. Por tanto, fue uno de esos dos el que mató a Neal. Sólo necesito saber si esa muerte la dispuso Torrio... o usted.

—Según su teoría, tuve que ser yo. «Ratón» y Kingsby sólo obedecen mis órdenes. E igual sucedía con Neal.

—Pero él está muerto. No puede fiarse de la lealtad de los demás, precisamente usted que hizo que traicionaran a Torrio porque les pagó más. ¿No teme que también a usted le traicionen un día?

Duke sopesó esa sugerencia. Evidentemente, no era la primera vez que lo bacía.

—Váyase —silabeó, señalando la puerta del despacho donde regía su club, el «Paradise Garden»—. Váyase pronto, Crayne,

Empiezo a cansarme de usted.

—Tiene gracia —rió Crayne.

—¿El qué?

—Todo el mundo me echa hoy de su presencia. Evidentemente, mis preguntas hieren. Alguno de ustedes, incluso, está asustado.

—Yo, no.

—No sé quién será, pero está asustado. Ya me voy, Duke. Sólo quisiera saber quién se siente aburrido de mi presencia, simplemente molesto... o preocupado. Cuando dé con este último...

—¿Qué?

—... Creo que habré dado con el hombre que mandó matar a Josh Neal en aquella partida de póker —dijo simplemente Barry, abandonando la oficina.

Lucky Duke se quedó solo en la estancia. Rígido, severo. Rápido, pulsó un llamador eléctrico. Acudieron prestamente sus esbirros, «Ratón» y Kingsby.

—Seguidle —dijo—. Y dadle una buena paliza. Eso le enseñará.

—De acuerdo, patrón —rió Waddell, ratonil.

—Procurad que nadie os vea. Estáis en libertad condicional, no olvidéis eso...

En aquel momento, la puerta se abrió. Una dama de pele rubio, casi blanco, entró en la estancia, lanzándose en brazos de Duke, con un suspiro. Sus bocas se unieron.

Pero Duke la apartó violentamente de sí, reaccionando con brusquedad.

—¡Imbécil! —jadeó—. ¿Has entrado por el club nocturno, Saddle?

—Claro —ella abrió mucho los ojos, sorprendida—. ¿Por qué preguntas eso?

Lucky Duke juró entre tirones, invadido por la ira. Luego, señaló hacia la puerta.

—¡Un hombre acaba de salir de aquí! —masculló—. ¡Un hombre llamado Barry Crayne!

—¡Oh, no! —Una palidez intensa cubrió el rostro bello y arrogante de la hermosa rubia.

—No es ningún tonto. Si te ha visto entrar...

—La he visto. Duke —rió una voz desde la puerta.

Duke se volvió, furioso. Sus movimientos parecían los de una

serpiente ávida de morder para depositar el veneno sobre alguien. Allí, riendo aún, asomaba Barry Crayne, que guiñó un ojo a la demudada Saddle Hackett, al tiempo que comentaba:

—Jugando a dos barajas, ¿eh, Saddle? Si Torrio se entera de esto... te cortará ese bonito pescuezo, ¿no te parece?...

Con otra risa, cerró la puerta, desapareciendo definitivamente. Lucky aulló, dirigiéndose a «Ratón» Waddell y Kingsby:

—¡Seguidle! ¡Seguidle, maldito sea! ¡Y dadle una buena paliza, por todos los diablos!

Los dos pistoleros corrieron en pos de Crayne. Antes de alcanzar la puerta, la voz de Duke les apremió todavía:

—¡Después, id a casa de Neal! ¡Procurad que no os vean, y haced desaparecer todo lo que sea comprometedor para nosotros! ¡No podemos esperar más...!

Los granujas, volvieron a asentir. Cuando abandonaban el despacho, la rubia y curvilínea Saddle volvía a recibir bofetones, igual que a manos de Wilby Torrio. Parecía su sino, y lo aceptaba con sollozante conformidad.

CAPÍTULO VIII

La sombra se movió cautamente por las estancias en sombras. Los pasos se deslizaban suaves, casi inaudibles. Como si un fantasma se moviera por las habitaciones, dejando una leve huella de corporeidad al pasar ante el relampagueo fluorescente de algún luminoso de la azotea.

Después, algún núcleo de tinieblas, acogía, cómplice, al visitante en su zona de protección oscura. Sonaban roces, movimiento de muebles violentados con celeridad. Nuevamente, los pasos se distanciaban, recorriendo las habitaciones desiertas, sin encender ninguna luz.

Por fin, la figura sigilosa se detuvo ante un muro. Los parpadeos de luz del exterior, llegando por el ventanal, aquel mismo ventanal que fuera mudo testigo de la muerte de un hombre ante una mesa de póker, revelaron una cortina de cretonas estampadas, alegres y modernas. Un cuadro de cacería, poco acorde con la decoración actual del piso. Hubiera estado mucho mejor en una vieja casa victoriana, allá en Inglaterra.

A pesar de ello, el cuadro llamó la atención de la figura. Unas manos seguras, firmes, se aproximaron al marco del cuadro. Lo aferraron, tratando de descolgarlo.

No era posible. El cuadro continuaba adherido al muro. Como incrustado en él.

Unos ojos agudos centellearon en la sombra. Habían encontrado lo que buscaban. Al menos, el principio de aquello que habían ido a encontrar en la desierta, silenciosa vivienda de Josh Neal, la víctima de Frank Valentine en la partida de póker.

Las manos enguantadas manipularon de nuevo. Fue todo rápido, ligero, lleno de un sigilo y una agilidad sorprendentes.

El cuadro terminó por ceder, con un chasquido. Se abrió a un lado, igual que una puerta, dejando ver una caja fuerte, gris y hermética.

El visitante suspiró entre dientes. El segundo y gran problema. La combinación de la caja...

Probó varios, sin resultado. Accionó cifras y cifras, con fracaso rotundo en todos los casos. Se detuvo, jadeando tenuemente. Se apartó, moviendo el cuadro que disimulaba la caja empotrada en el muro. Un centelleo de luz de la calle, cayó sobre los jinetes de casaca roja y gorro de visera, que cabalgaban tras los perros de caza, en una campiña típicamente británica.

De súbito, los ojos del intruso se clavaron en la firma del cuadro. Parpadeó.

Reynolds,
5-810.

Una firma y una fecha, confusas sobre el fondo de brillantes verdes. Tuvo una corazonada y volvió a la caja fuerte. Marcó la cifra R. Luego, los números 5-8-1-0.

Un chasquido.

La caja estaba abierta. El intruso rió huecamente en la sombra. Josh Neal había sido muy astuto. Pero la persona que buscaba sus secretos, también lo era.

Movió la gruesa tapa de acero. Unos compartimientos pequeños aparecieron ante sus ojos. Uno, contenía dinero en fajos de billetes de veinte y cien dólares. El intruso no tocó ninguno.

Luego, la mirada cayó sobre otro compartimento, en el que aparecía un grueso sobre lacrado. Lo tomó, sepultándolo en un bolsillo. Revisó el resto de lo que contenía la caja. Tiró los papeles descuidadamente.

Nada. Lo que venía buscando, debía estar allí dentro, en el sobre lacrado. Satisfecho, el intruso bajó del asiento al que se había encaramado para violentar la caja fuerte de Neal.

Nada más pisar el suelo, lanzó el respingo y el grito.

La luz inundó la habitación, haciéndole parpadear torpemente.

—Buenas noches —dijo una voz de mujer—. ¿Ya encontró lo que buscaba?

El intruso estaba al descubierto. Su faz se encaró con la de la mujer que aparecía en la entrada del piso. Ambos se midieron

durante unos segundos interminables,

—¿Qué hace usted aquí? —indagó roncamente el intruso, dando un paso atrás.

—¿No cree que yo también debo preguntarle eso? —replicó irónicamente ella.

—Tengo cierto derecho a ello, y usted lo sabe.

—No tiene derecho a nada. Y menos, a husmear aquí subrepticamente —acusó ella, enfática—. Mi padre va a ser acusado de asesinato. Mientras tanto, usted anda por aquí, hurgando los secretos de Josh Neal. A la Policía va a interesarle mucho el caso. ¿Ya sabe lo que podrá decirles, para justificarse?

El intruso tragó saliva. Su mirada, fría y ominosa, no se apartó de Vera Valenti, la hija de Frank Valentine.

—No hará eso —amenazó—. No lo hará, jovencita.

—¿Cómo va a impedirlo? ¿Asesinándome?

—Sí —dijo escuetamente el visitante—. Si no hay otro remedio...

—¡Espere! —gimió Vera, mortalmente lívida—. ¡No haga ego! ¡No resolverá nada!...

Se dio cuenta, desesperada, de que era tarde. La ganzúa que le sirviera para entrar subrepticamente en el piso de Neal, cayó de su mano. Retrocedió, buscando la fuga, mientras el intruso extraía un arma de su bolsillo.

Luego, retumbó una detonación, sonó un grito horrible, que la sangre ahogó, a borbotones, en labios de Vera Valenti...

La muchacha, rodó de bruces sobre el linóleo, con una sacudida tremenda de su cuerpo herido mortalmente. Todavía recibió otro balazo. Después, el asesino corrió hacia la puerta. Lo pensó mejor, cambiando de rumbo, y se precipitó hacia el ventanal abierto a la noche...

Vera Valenti, sin vida frente a la caja fuerte de Neal, yacía de bruces sobre su propia sangre.

Los ojos, irritados por la falta de sueño durante la larga noche, se volvieron a los rostros sombríos del teniente Wagner y el agente Pete Stoddart...

—Muerta... —susurró lentamente—. Muerta... Vera Valenti.

—Sí —suspiró Wagner, sombrío—. La mataron. Crayne. Se metió en un asunto demasiado feo para una mujer. No podía resultar bien.

—Ha sido horrible —añadió Stoddart roncamente—. La cazaron a balazos, como si fuese una alimaña... Así la encontramos en el piso, Crayne. Con dos proyectiles del calibre 38, dentro de su cuerpo. Disparados sin duda con revólver, no con pistola automática.

—Sí, entiendo bien... —Barry se pasó una mano trémula por la cara cubierta de señales y arañazos, de moraduras y golpes—. Muy bien...

—Ella y usted se metieron en líos esta noche —sentenció Wagner—. Usted ha salido únicamente con una paliza... por ahora. Pero la hija de Valentine tuvo menos suerte.

—Lo mío no tuvo importancia —habló abruptamente Barry—. Yo estoy así, pero imagine cómo han quedado «Ratón» y Kingsby. Tienen gasto de esparadrapo y alcohol para una temporada. Los muy cerdos me atacaron a traición en una calleja, no lejos del «Paradise Garden». Les devolví ciento por uno hasta que les vi huir como lo que son: sucias e infectas ratas, teniente.

—Por esta vez se conformaron con pegarle. Es posible que en otra ocasión extremen la dureza. El hampa de esta ciudad es cosa seria, sobre todo para... para la gente de fuera.

—Para los «palurdos», ¿eh, teniente? —Barry hizo un gesto hosco—. ¿Y qué me dice de lo de Vera? ¿Aún sostiene que su padre mató a Neal? ¿No está ya bien claro que alguien ande queriendo hundirle, y que Vera averiguó demasiado, para la seguridad de ese alguien?

—No hay nada claro. Crayne. Solamente una cosa: Vera quiso vengar tal vez a su padre... y alguna pandilla, la de Duke o la de Torrio, la liquidó. Para vengar a su vez a Neal, o para ajustar cuentas con los Valentine. Así son esas mafias, Crayne. Si pretende conocer tanto al bajo mundo, debe saberlo.

—Sé muchas cosas. Y la principal, es que Valentine no mató a Neal. Eso lo hizo el mismo que liquidó a la chica...

—¿Tiene pruebas de eso?

—Infiernos, bien sabe que no —aulló Barry, pegando un puñetazo en la mesa del teniente.

—Cálmese, amiguito. ¿Por qué no se va a dormir? No creo que resuelva nada en absoluto con todo eso, salvo romperse los nervios... y quizá la crisma. Déjenos a nosotros. Es cosa nuestra.

¿Imagina que tengo empeño en enviar a la silla eléctrica a un inocente?

—No he dicho eso.

—Pero lo da a entender. Para usted. Valentine es un ángel sin alas. Quizá lo sea, pero yo no lo admitiré hasta no tener pruebas evidentes de eso.

—Acaso las pruebas estuvieron siempre en la caja fuerte de Neal —avisó Crayne—. Y ustedes las dejaron escapar...

—No hallamos esa caja en el registro de su piso, Crayne —intervino suavemente Stoddart—. Ojalá hubiera sido así. Esto de hoy no sucedería. Pero Neal lo tenía bien oculto.

Barry Crayne no dijo nada. Tenía sueño, cansancio, abatimiento. Pero no podía olvidar a Vera. La bonita y decidida Vera Valenti. Esto de ahora era peor, mucho peor que lo de Neal. No se trataba de asesinar a una rata para culpar a un hombre, sino de eliminar brutalmente a una muchacha que pretendió ahondar en el misterio que rodeaba la presunta culpa de su padre.

—Quisiera ver a la chica —dijo roncamente, tras un silencio.

—Claro —asintió Wagner—. Llévele, Stoddart...

El agente reveló claramente lo poco que le atraía semejante misión. Pero la aceptó, saliendo con Barry hacia el depósito. Éste indagó:

—¿No oyó los disparos esta vez, Stoddart?

—Diablo, esos disparos los oyeron en toda la casa —gruñó el policía—. Fueron hechos con revólver, ya se lo dije. Pero yo no estaba entonces en casa, como al suceder lo de Neal. He tenido servicio esta noche, después de visitarme usted. Al volver a casa, ya por la mañana, me he enterado de todo...

Barry asintió, sin decir nada. Entraron en el depósito de cadáveres del Departamento. Sobre una mesa blanca y fría, reposaba Vera Valenti, bajo una sabana. Ya no haría más striptease. Un gesto de horror y de incredulidad, crispaba sus facciones, en la mueca final de una vida. Las balas, macizas y pesadas, habían perforado sus senos hermosos. Estaba tan fría y blanca como la mesa del Depósito.

—La trasladarán a la Morgue dentro de un par de horas —explicó roncamente Stoddart, estremeciéndose sin mirar a la joven. El lugar y la presencia de la víctima de aquel asesinato, le

impresionaban evidentemente—. Luego, le harán la autopsia. Pero es rutinario. Todos sabemos que la mataron a balazos.

Crayne se inclinó, apoyando una mano sobre la mejilla tersa, gélida, de la infortunada muchacha. Prometió, con voz crispada e impresionante:

—Te vengaré, pequeña... Te vengaré, ocurra lo que ocurra. El que te hizo esto, pagará sangre por sangre. Yo cuidaré de ello, te lo prometo.

Miró a Pete Stoddart, el recio agente. Estaba tan pálido e impresionado como él mismo.

—Vamos —dijo roncamente—. Creo que nada podemos hacer ya aquí, amigo mío...

El policía asintió. Salieron, dejando tras ellos a la muchacha muerta, piadosamente envuelta en la sábana, su última ropa en el mundo, lejos del oropel del espectáculo nocturno en que se desenvolvió su vida.

Al salir, pese a su práctica en esas cosas, Stoddart vomitó. Barry tuvo que hacer un poderoso esfuerzo para no imitarle...

CAPÍTULO IX

El sol estaba muy alto ya.

Había dormido mal, pese a las lloras consumidas en el lecho. Pesadillas horribles, con hombres sin rostro, muchachas muertas y pistas de baile convertidas en depósitos de cadáveres, salpicaron sus sueños.

—Vamos, toma esto —invitó una voz, tan suave y sedante como una melodía tenue—. Y sécate el sudor, Barry. Estás empapado.

Miró tras un parpadeo las manos manicuradas, de uñas bien esmaltadas, la bandeja de madera, con la taza de café y las tostadas crujientes, cubiertas de dorada mantequilla. Sacudió la cabeza, para despejar el sueño. Luego, estudió el rostro sonriente y preocupado, algo ojeroso, tras el humo suave del café.

Sin maquillaje, Jill Lane era mucho más linda e infantil. Al menos parecía diez años más joven. Pero quizá hubiera dormido mal, porque unas sombras violáceas cercaban sus ojos límpidos. La bata de seda raída, envolvía muy mal su cuerpo. Sint embargo. Barry no hizo lo que cualquier otro hubiera hecho. No trató de contemplar sus encantos físicos, exuberantes y generosos.

—Diablo, ¿dónde estoy? —Gruñó Barry.

—Una pregunta muy socorrida —rió ella—. Sobre todo, para las damiselas que vuelven de un desmayo. Pero tú no te desmayaste.

—¿No?

—No, grandísimo tonto. Viniste aquí en pleno día, bostezando y cayéndote de sueño, cansancio y dolor. Te habían pegado una paliza, habían matado a una chica amiga tuya, y no sabías ni por dónde andabas. Me pediste un rincón donde dormir.

—Y tú me lo diste.

—Sí.

—¿Tu... tu cama?

—Claro —rió ella.

Barry enarco las cejas, sin dejar de mirarla. Ella hizo un ademán, al entenderle.

—Dormí en el sota no te preocupes. Pero no pude evitar el escucharte durante tus pesadillas. Me levanté tres o cuatro veces a secarle el sudor. Estabas como si salieras de un baño. Y te agitabas como si tuvieras cuarenta y dos de fiebre.

—¿Tú hiciste todo eso?

—¿Quién, si no? No hay nadie más aquí, sólo tú y yo. Barry...

—Buena chica —suspiró Crayne—. ¿Qué hora es, Jill?

Ella consultó su reloj. Emitió un silbido, y se despojó despreocupadamente de la bata de seda, comenzando a vestirse ante Barry. El evitó mirarla.

—Las cinco, Barry. Tengo que arreglarme.

—Ya. —Crayne la miró—. ¿Necesitas dinero otra vez?

—Siempre hace falta dinero. Pagué a la patrona con tu donativo, Barry. Me sacaste de un buen apuro. Ahora, tengo que ganarme la vida.

—Espera, Lucy. Yo te...

—No, Barry —cortó ella, incisiva, dejándose caer en el borde del lecho. Le sujetó un brazo, con energías. No quiero que hagas el bonito papel de Santa Claus, querido. Sería el cuento de nunca acabar. Y si lo que buscas es pegarme la habitación, te tiraré el café a la cabeza.

—Está bien —rió Barry—. No aceptas donativos, ¿es eso?

—Eso es —sostuvo ella, adelantado la barbilla, con un brillo triste en el fondo de sus ojos—. Y créeme que soy la primera en sentirlo. Pero es mejor así.

—Supongamos que, a pesar de todo, me aceptas dinero.

—No.

—Te pagaré, Jill.

Le dolió. Contrajo los labios y las pupilas. Le miró, casi agresiva.

—Está bien —dijo, a punto de romper a llorar—. Eso es distinto.

Barry Crayne rió entre dientes.

—Te pagaré por horas, Jill.

—¿Por horas?

—Sí. Te necesitaré. Busco un auxiliar. Ésa vas a ser tú.

—Barry, ¿bromeas?

—Infiernos, claro que no bromeo. Creen en Nueva York que un palurdo no es más que eso. Veremos quién tiene la razón, Jill, hoy trabajarás... para mí.

—Barry..., ¿qué pretendes? —Se intrigó ella.



Se dispuso a atacar de nuevo...

—Llegar al final del sendero y descubrir la verdad. Sea cual sea.

No tenas, no te mezclaré en mi camino. Eso sería demasiado peligroso. Ya has visto lo que sucedió con esa chica, Vera Valenti. La mataron fríamente, sin la menor vacilación. El asesino no está dispuesto a correr riesgos.

—Y, por lo que veo, tú sí. A pesar de la paliza...

—Oh, eso fue cosa de la gentuza de Duke. El y Torrio andan cazándose mutuamente, y no quieren estorbos por medio. Saddy Hackett, la amiguita de Torrio, engaña a éste con su peor enemigo, Duke. Lo mismo hicieron Neal y los demás.

—¿Entonces, fue Duke el que...?

—Aún no lo sé. Igual pudo ser Torrio. O uno de sus hombres. O la propia Saddy, la muchacha del doble juego. Neal, sabedor de todos los secretos sucios de esa gentuza, podía ser muy peligroso. La prueba que el asesino abrió su caja fuerte, llevándose algo.

—¿Dinero?

—No. Documentos. Comprometedores para alguien, pequeña. Ese rastro quiero seguir. Y por eso te necesito —tiró unos billetes sobre la cubierta de la cama—. Toma esto, Jill. Trasládate a otro sitio, a un hotel. Inscríbele como «señora Crayne». Yo podré visitarte entonces sin problemas.

—Pero Barry...

—Sigue escuchando. Ve a la oficina telegráfica. Envíe unos telegramas que deseo poner. Después, aguarda en Lista Telegráfica la respuesta. Y en cuanto la tengas, llámame.

—¿A dónde?

—Bueno, pongamos... a «The Blue Domino». Es el lugar donde trabaja Saddy Hackett.

—¿Allí vas a meterte? Barry, ella puede... puede ser peligrosa. Y el lugar también.

—Todo es peligroso, Pero si no busca uno el peligro, difícilmente llegará a parte alguna, Jill. En el peligro, en los lugares donde ronda la muerte, está nuestro asesino. Y la razón de dos muertes: la de Josh Neal y la de Vera Valenti, la hija de Frank Valentine.

—¿El sabe que su hija ha...?

—No, no lo sabe —suspiró Crayne—. Espero que eso no termine de destruir su vida. Vera era una chica. El que la mató, va a pagarlo, lo juro.

—Ten cuidado —avisó Jill, recogiendo el dinero, y sin separar sus ojos de Barry—. Creo que eres tú el que más peligro corre ahora...

—Yo... y el asesino —rió con acritud él—. Veremos quién cae primero...

Jill Lane no respondió. Se mordía el labio inferior, pensativa, mientras se vestía con celeridad, luna nueva luz brillaba en sus pupilas. Las mejillas tenían un brillo rosado y juvenil.

Ahora, por fin, tenía algo que hacer. Algo digno y concreto. Eso parecía hacerla feliz. Y transformaba su ser, su apariencia toda.

De día, «The Blue Domino» parecía un local muy diferente. Lóbrego, silencioso, con olor a serrín y a vacío.

Ya habían fregado los suelos de baldosas, pero aún no habían distribuido las sillas, recogidas sobre las mesas. En la barra, un empleado sacaba lustre al cromado de los metales y a los espejos de las anaqueleras.

—¿Se le ha perdido algo, amigo? —Gruñó: al verle avanzar por entre las mesas y sillas.

—Tal vez.

—Entonces, vuelva más tarde a recogerlo. No servimos aún. Es pronto.

—Soy amigo de Saddy Hackett.

—Saddy tiene más amigos que el presidente de los Estados Unidos —rió el barman—. Eso no le servirá de nada. Lárguese, amigo.

Barry enrolló algo entre sus dedos. Luego, lo tiró sobre el mostrador. El mozo iba a seguir su retahíla de protestas, cuando descubrió que el papel enrollado era verde y tenía el número veinte en las esquinas. El billete se eclipsó en su bolsillo. Y la primera sonrisa, mostró a Crayne su cambio de criterio.

—Bueno, si es su gusto, quédese —dijo, echando una mirada al reloj. Dentro de una hora se abre el local al público. ¿Va a tomar algo?

—Un doble *whisky* con soda —pidió Barry lentamente—. ¿Hay teléfono aquí?

—Claro. ¿Quiere utilizarlo?

—No, no. Alguien lo utilizará, fuera de aquí. Preguntará por mí, por Barry Crayne, Si me avisa en seguida, habrá otros veinte para

usted, amigo.

—Cuente con ello. Volaré a avisarle —rió el barman, continuando la tarea de lustrar los adornos cromados.

—Es suficiente, gracias.

Barry tomó un sorbo del doble *whisky*, y echó a andar con calma por entre mesas y sillas. Recordó la cita con Saddie, la noche anterior, después de canturrear ella con voz ronca una cancioncilla vulgar, en el borde de la pista. Ella regentaba el local y atendía a los clientes. Pero también aprovechaba cualquier oportunidad de ganar dinero. Oficialmente, era la fulana de Wilby Torrio. Menos oficialmente, pero con la misma realidad, engañaba a éste con Lucky Duke. Era algo normal en las de su clase. La larga prisión de Torrio debió apresurar esas relaciones.

Barry le dijo que Torrio debió enfurecerse mucho si sospechó algo así. Y que ella estaría muerta de miedo ahora, con la amenaza del pistolero sobre sí. ¿Qué sería de Torrio, el evadido? El no le había denunciado, a pesar de su advertencia. No hacía falta tampoco. Los diarios traían ya, junto a la noticia de la muerte de Neal, la de la fuga de prisión de Wilby Torrio, el gángster de Manhattan.

Pero hasta el momento, nadie parecía haber descubierto el paradero del astuto granuja de los bajos fondos neoyorquinos.

Barry Crayne alcanzó la pista, ahora desierta y en sombras. Desde más allá del círculo lustroso, negro y espejeante, el estrado destinado a la orquestina, ofrecía su desolado bosque de atriles, instrumentos y fundas.

Y, más allá, la cortina que separaba la pista del local, del interior del mismo, destinado a camerinos, dependencias y todo eso.

Barry siguió adelante. Alcanzó la cortina, la cruzó, apartándola a un lado hasta hallar el hueco de acceso al interior.

Una bombilla amarilla, protegida por un enrejado oval, lucía en medio de un corredor en sombras a cuyos lados se abrían las puertas de los camerinos. Tampoco parecía haber llegado aún ninguno de los músicos o artistas que intervenían en el *show* del «Blue Domino».

Crayne dejó desfilas a sus flancos las puertas con estrellas plateadas y nombres de artistas que le eran desconocidos. Se detuvo al pie de unos escalones que subían a un altillo. Vio allí una puerta.

Con dificultad, leyó su rótulo:

DIRECCIÓN PROHIBIDA LA ENTRADA

Sonrió. Las prohibiciones de ese tipo, le importaban muy poco. Especialmente allí. Subió los tramos de escalera, hasta el rellano superior. Golpeó en la puerta suavemente, con los nudillos.

Esperó. No respondió persona alguna. Posiblemente no había nadie. Sddie no había llegado tampoco. Miró al suelo. Sus ojos brillaron. Tras la rendija de la puerta, brillaba luz. Una sombra cruzó fugazmente por ésa estría de claridad.

Volvió a llamar. Y dijo abruptamente:

—Abra, Sddie. Sé que está ahí. Tengo que hablarla...

Otro silencio. Luego, una voz de mujer, brusca y susurrante:

—¡Váyase! ¿Me ha oído? ¡No recibo a nadie! ¡Fuera, en seguida!

Crayne enarcó las cejas. Probó el pestillo, pese a la orden recibida. Giró el pomo, sin resultado.

—¡Fuera! —exclamó roncamente la mujer, desde el otro lado de la puerta.

Crayne no respondió. Le costaba identificar en aquella voz la de Sddie, pero ¿qué otra persona podía haber allí?

Se apartó, sin evitar el ruido de sus pies en el suelo. Pero volvió sigiloso, rápido. Su mano extrajo, sin ruidos, un viejo recuerdo de sus tiempos de policía rural; una llave maestra muy práctica.

Rápido, la sepultó en la cerradura, la hizo girar... Dentro, sonó una imprecación. Abrió de golpe, avanzando como una flecha, con la palabra en los labios:

—¿De modo que ahora no quería verme, eh, preciosa...?

Fue un error. Y lo descubrió demasiado tarde. Nada más dar dos pasos por la habitación, descubrió algo, una forma en el diván, al fondo del despacho. Pero no debía de ser Sddie, porque alguien, a su espalda, jadeó, echándole el aliento en la nuca. Un aliento con cierto aroma a flores, a perfume suave...

Después, se volvió vivamente, buscando a la persona que se ocultara tras la hoja de la puerta al entrar él.

Ni siquiera llegó a verla ni a volverse del todo. A media acción

cayó algo macizo y contundente sobre su cabeza. Barry Crayne sintió estallar todo ante sus ojos, borrándosele formas y colores en una amalgama de chispazos cegadores. El suelo vino a su encuentro. Unas piernas de mujer y unos zapatos de tacón alto, fueron lo último que, borrosamente, captaron sus ojos. Luego, se desmoronó de bruces. Y perdió la noción de todo, hundiéndose en un abismo de sombras impenetrables...

CAPÍTULO X

Lo primero que vio, fue singularmente parecido. Unas piernas de mujer, unos zapatos de alto tacón...

Y luego, el resto del cuerpo. Estirado, rígido como las piernas. Lo contempló. Lleno de incredulidad. Luego, se dio cuenta de que era Saddy Hackett, con su melena rubia, casi blanca, enmarcando el rostro. Extrañamente blanco, extrañamente tirante.

Estaba muerta. Por fantástico que pareciese. Muerta...

Alguien la había estrangulado con una bufanda o echarpe de nylon, muy largo y resistente. Aún aparecía enroscado al bonito cuello de la vamp que repartió sus amores entre Wilby Torrio y Lucky Duke. Dos hombres peligrosos en una vida. Así había terminado ella...

El nylon color amarillo mordía la piel y la carne amoratada por la asfixiante hinchazón mortal. La expresión de su cara, con aquella forma abominable de morir, no era grata ni dulce.

—Bueno, Crayne. ¿Qué tal si nos explica cómo hizo esto?

Barry Crayne se volvió violentamente, contemplando con estupor y desconcierto a los hombres erguidos junto a él. Les reconoció inmediatamente. Eran el teniente Paul Wagner, de Homicidios, y su actual auxiliar en el caso Valentine, el fornido agente Pete Stoddart, vecino de Josh Neal.

Le contemplaban, entre compasivos y acusadores. Debían tener sus razones para ello. No tuvo la menor duda de que acababan de encontrarle en el camerino de la dirección, dentro de «The Blue Domino». En compañía del cadáver de Saddy Hackett...

—No lo hice yo —negó Barry, meneando la cabeza, a costa de horribles dolores en la nuca y occipital—. Pero supongo que será igual que yo afirme eso.

—Me temo que sí, Crayne... —señaló hacia algo, en sus manos—. Mire eso...

Barry lo hizo y pegó un respingo. Cuando estuvo en pie, Stoddart le sujetó, firme pero sin violencia. Parecía lamentar el extremo a que había llegado. Crayne volvió a estudiar sus uñas, salpicadas por hilos de nylon amarillos, enredados en ellas. Hilos que sin duda correspondían perfectamente al pañuelo.

—¿Cree que lo hice yo?

—¿Qué otra cosa puedo creer? —dijo fríamente el teniente Wagner.

—Supongo que, si es un buen policía, debería buscar al que me golpeó aquí —y se tocó la nuca, con gesto de dolor.

—Ya lo hallamos —rió Wagner agriamente—. Mire eso, Crayne.

Evidentemente, Barry no veía muy bien. Aún estaba aturdido, porque necesitaba que se lo enseñaran todo. Estudió las manos crispadas de la muerta. En su derecha, Saddie aún sujetaba una botella de metal, que había chorreado agua sobre la alfombra. La botella mostraba cabellos y sangre en su extremo panzudo y macizo. Barry supuso que aquello le dio el impacto. Pero..., ¿realmente en manos de Saddie? ¿O de otra persona?

Recordó unos zapatos de tacón alto, unas piernas bonitas y esbeltas. Las piernas, podían ser las de Saddie. Los zapatos, no. Eran más claros y menos puntiagudos que los de la muchacha que yacía muerta ahora.

Otra mujer... Se rascó la cabeza, reflexionando. No recordó a ninguna. Ninguna, salvo Vera Valenti, que también estaba muerta, Y Jill Lane, que estaría... Diablos, ¿dónde estaría ahora?, se preguntó Barry, preocupado.

—Usted quería ajustar cuentas a su modo, por amistad hacia Valentine —explicó Wagner secamente—. Creyó que Saddie podía contribuir a ello, y vino a amenazarla. Lo hizo tan a lo vivo, que la asustó y ella le agredió. Usted, enfurecido, apretó el pañuelo de nylon. Y la mató, mientras ella lograba derribarle de un golpe desesperado, ya al borde de la asfixia. Todo claro, Crayne...

—Demasiado claro —gruñó Barry, enfurecido—. ¡No tiene ni idea de lo que dice, Wagner! ¿Quién mató entonces a Vera Valenti? ¿Y a Josh Neal?

—Usted ha intentado complicarlo todo desde el principio —

suspiró Wagner de mala gana—. Su amigo Valentine mató a Neal en la pelea del póker Luego. Torrio o Duke, uno de esos dos hampones, liquidó a Vera, para ajustar cuentas. Usted quiso hacer el papel de caballero andante... y se metió en esto hasta el cuello. Por el momento, Saddle podía ser todo lo bribona que se quiera, pero era una mujer y no había hecho mal alguno para merecer una muerte así. Le arresto, acusado de homicidio, Crayne.

Barry supo que el teniente no bromeaba. Miró hacia la puerta. Había gente del «Blue Domino», asomándose con gesto de estupor y angustia. Stoddart interpuso su maciza humanidad, impidiendo que desde fuera vislumbrares nada. Les apremió a apartarse de allí.

—Es un error, teniente —silabeó Barry—. Un grave error. Yo no soy un asesino.

—Mucha gente no es asesina, en el exacto sentido de la palabra —sentenció duramente Wagner, encogiéndose de hombros—. Y ciertas circunstancias, les empuja a ello. Usted es uno de éstos. Crayne. Lo siento por usted...

Barry se quedó mirando largamente a Wagner, sin comentar nada, una luz especial titiló en el fondo de sus ojos. Al mismo tiempo, en el corredor, alguien avisó.

—¡Eh, Crayne! Le llaman al teléfono. Una chica que dice llamarse Jill Lane...

Barry se puso rígido. Quiso moverse hacia la puerta, Wagner se lo impidió.

—Usted no va a ir o ninguna llamada. Crayne. Le he arrestado —avisó hoscamente.

—Pero... ¡precisamente esa llamada!... ¡Debo atenderla, teniente! —jadeó Barry.

—No —sostuvo Wagner fríamente—. Nosotros la atenderemos Stoddart, vaya usted mismo. Infórmese de lo que sucede.

—Sí, teniente —el agente hizo un gesto a Barry, disculpándose por aquello, y salió del cuarto.

Crayne se estrujó las manos, enfurecido. Miró con ira al teniente de Homicidios.

—¡No sabe lo que hace! —Silabeó—. ¡No lo sabe, teniente!...

Pero el teniente Wagner aparecía tan inaccesible y macizo como un acantilado. Sus protestas, igual que oleaje furioso e inútil, se estrellaban en sus escollos, sin otra cosa que una espuma ruidosa y

totalmente estéril...

Barry Crayne entró a viva fuerza en el automóvil. Ya había oscurecido, pero «The Blue Domino» no admitiría clientela aquella noche. Estaba cerrado y protegido por algunos agentes de uniforme, que mantenían apartados a los curiosos, a los reporteros. Fogonazos acá y alió, de un blanco azulado y lívido, marcaban la posición de los *flashes* periodísticos, en busca de la imagen que simbolizara la noticia. Una mujer hermosa, estrangulada en un *night-club*, siempre es una noticia. Sórdida y repulsiva, cobra cierto aire cinematográfico, de cara al lector de Prensa sensacionalista o de publicaciones populares.

—Teniente, quiero saber lo que esa muchacha tiene que decirme... —protestó por enésima vez Crayne—. ¡Tengo que saberlo!

—Cálmese —suspiró Wagner, dominando su enfado. Volvióse hacia la puerta del club nocturno—. Ahí viene Stoddart. El nos lo contará...

Crayne miró al agente Stoddart. Éste lo miró, con una sonrisa, caminando con aquel andar pesado y firme, habitual en él.

—Nada importarme. Crayne —informó—. Era su amiga Jill Lane, desde la estafeta telegráfica. Me ha encargado que le informe del resultado de cierto telegrama.

—Siga, Stoddart. ¿Qué le dijo?

—Que la respuesta es negativa —se encogió de hombros, con aire indiferente—. No sé lo que quiso decir, pero eso fue todo. Yo le he informado de lo que le sucede a usted. Al parecer, va a ir más adelante al Departamento, para ayudarle.

Barry Crayne, perplejo, inclinó la cabeza. Parecía defraudado por el informe de Jill. Wagner hizo una seña a Stoddart, y el agente se situó junto a él, en el asiento delantero. Atrás. Crayne siguió junto al policía que le guardaba. No le habían esposado, acaso por no llamar excesivamente la atención y provocar así conflictos públicos. Pero lo harían en cuanto llegaran al Departamento, Crayne estaba seguro de eso.

El automóvil policial, presidido por otro coche del Departamento Central de Policía de Nueva York, voló sobre el asfalto, doblando esquinas con chirridos estirados y maullantes.

—Hay otra noticia para usted, Crayne —dijo de pronto Wagner

—. Wilby Torrio ha sido encontrado.

—¿Muerto? —Vibró Crayne bruscamente, ante la noticia.

—No —rió Warner—. Pero estuvo cerca. Le han atacado y herido. Está en un hospital extremo. Cuando lleguemos al Departamento, Stoddart irá a recogerlo. Debemos interrogarle, Posiblemente haya sido cosa de Lucky Duke y su gente. Pero eso no va a ayudarlo en nada. Nadie le ayudará a salir del problema en que le ha metido la muerte violenta de Saddy Hackett.

Crayne inclinó la cabeza, sin decir nada. El automóvil, así, llegó al Departamento Central. Mientras ellos se dirigían a la sección de Homicidios. Pete Stoddart salía en el mismo automóvil, en busca de Wilby Torrio, el gángster herido.

Barry Crayne sé volvió bruscamente a Paul Wagner con gesto implorante, cuando entraron en su despacho.

—¡Tiene que atenderme, teniente! —jadeó, a la desesperada—. ¡Es cosa de vida o muerte! ¡Estoy seguro de que Jill Lane corre peligro en estos momentos! ¡Estará en peligro mientras yo permanezca aquí retenido!

—Ya hasta con eso, Crayne —masculló Wagner, irritado—. ¿Qué puedo hacer por usted, para que deje de molestarme con toda esa sarta de disparates? Cualquiera cosa menos soltarle, por supuesto...

—No hará falta tanto. —Barry miró con avidez al teniente. Si al menos le atendiera en esto... Añadió, tras una corta pausa—: Bastará que se mantenga en contacto con la oficina de Lista Telefónica. No puedo apartar una idea de mi mente... aunque haya dicho por teléfono a Stoddart que aún no hay nada nuevo. Por favor, teniente, establezca un contacto permanente con esa oficina telefónica de la ciudad... ¡Proteja la vida de Jill Lane! O morirá... lo mismo que Vera Valenti y Saddy Hackett...

Jill Lane levantó la cabeza. Miró al encargado de la ventanilla.

—Eh, usted —llamó el empleado de Telégrafos—. Sí, es usted, señorita Lane...

Ella avanzó, sintiendo que su corazón latía con fuerza. Estiró la mano, tomando el texto encerrado en un sobre amarillo con el membrete de la Western Union.

Firmó en el resguardo, entregándolo. Rasgó el sobre amarillo. Leyó el texto:

«Persona motivo investigación, expulsada de nuestra Institución por adicta a drogas. Caso totalmente perdido. Informada familia. Sufre violentos accesos de ira cuando le falta la droga. Evidentemente, fue un claro caso de perversión ajena. Por correo remitiremos datos concretos. Director-rector, Waldo Graham. Albany, Eastern High School».

Jill se estremeció. Era lo que Barry Crayne Labia esperado. Ya tenía los datos en su mano, se dirigió a una cabina telefónica. Echó unas monedas en la ranura, y marcó un número, el del «Blue Domino»...

Las cosas no habían salido como ella esperaba. No habían podido salir así, ciertamente.

Barry Crayne no fue el que atendió su llamada al *night-club*. En su lugar, fue el agente Stoddart quien habló. Ella, juzgó oportuno hablar con cautela. Ahora, ya fuera de la cabina telefónica, se preguntó si habría sido lo bastante cautelosa.

Después, fue al asiento donde consumiera horas de aquella tarde, esperando la respuesta telegráfica. No salda si debía esperar. Pero Stoddart había sido concreto:

—Siga esperando ahí. Crayne irá en breve, señorita Lane.

Y esperaba. Esperaba, porque deseaba ver a Barry, saber lo que realmente sucedía. Sentíase muy impaciente. Pero esperó...

Jill Lane levantó la cabeza otra vez. Ahora, nadie la llamaba desde la ventanilla de la oficina telegráfica. Las luces, sobre su cabeza, iluminaban un amplio salón desierto. Detrás de los paneles de cristal esmerilado, tabaleaban los pulsadores Morse.

Se sintió sola. Sola y fría, abandonada como un cuerpo sin vida, en medio de la Morgue. Tuvo miedo. No supo a qué, pero un miedo instintivo.

—¿Señorita Lane?

Pegó un respingo. De momento, dilató sus ojos aterrorizados. Dominó el miedo ante la presencia confortante del hombre ancho y macizo, de la figura uniformada de azul. Respiró con fuerza, iniciando una sonrisa.

—Sí, yo soy —dijo lentamente.

El policía sonrió, animoso. Le tendió la mano. Una mano ancha, cordial, llena de energía.

—Soy Pete Stoddart —explicó—. Hablamos por teléfono, ¿recuerda?

—Sí, claro... —Ella miró tras la sólida figura de azul—. Creí que Barry...

—El no puede venir. Está arrestado, señorita Lane.

—¡Arrestado!

—Sí. Le acusan de estrangular a una mujer, Saddy Hackett...

—¡Oh, no, él no pudo hacer eso!

—Claro que no. Yo no creo que lo hiciera. Venga conmigo, señorita Lane. El espera en el Departamento. También a él le gustará verla.

—Sí, sí, vamos —apremió Jill, levantándose—. ¡De prisa, señor Stoddart!

Sonrió Pete, asintiendo. Ambos salieron de la oficina telegráfica. Un automóvil de la policía esperaba afuera. No iba nadie más que Stoddart. Y ella. El agente se sentó al volante. Condujo diestramente, con ella a su lado.

—¿Éste es el camino del Departamento Central? —se sorprendió Jill de súbito.

—Por supuesto. —Stoddart la miró de reojo. ¿Qué esperaba?

—No sé. —Jill miró ante sí, las calles desconocidas. Stoddart conducía muy de prisa.

—Usted, usted tiene una hija en la escuela, ¿verdad?

—Sí, Anne —la miró velozmente—. ¿Por qué pregunta eso?

—Creo que Barry me lo refirió. No lo recordé hasta hablar con usted por teléfono.

—Y entonces ya era tarde, ¿verdad? —rió Stoddart—. Ya me había contado usted lo de ese telegrama...

Jill asintió. Una palidez repentina comenzaba a cubrir sus facciones.

—Anne Stoddart... —Apretó los labios incoloros—. Su hija... fue seducida por Josh Neal. Y drogada... durante una estancia en Nueva York. Quizá en Navidades. La hicieron adicta.

—¡Sí, sí! —rugió el policía, encajando rabiosamente las mandíbulas—. ¡Aquel perro de Neal! ¡Merecía morir, sólo por eso!

—Y murió. Murió, al saber usted la expulsión de la escuela, la historia de la adolescente adicta, incurable, pervertida... Usted le mató, Stoddart...

El horror dilataba los ojos de Jill, fijos en el policía. Éste, convulso, afirmó frenéticamente. Conducía como un poseso.

—¡Sí, yo lo hice! —aulló, espumeantes los labios. Había lágrimas en sus ojos—. ¡No soy un criminal, nunca lo fui! ¡Pero Neal merecía morir! Anne regresaba... y su expulsión, su afición a las drogas, todo eso podía aun arreglarse, curarse, hacerla olvidar. No sucedería, en tanto viviese Neal. Fue fácil disparar... desde la azotea, mientras discutían al póker. Es gracioso... que «Ratón» y sus amigos hubieran planeado jugarle una mala pasada a su invitado, Frank Valentine, haciendo creer que hería a uno de ellos con su arma. Eso, le haría volver a prisión. Pero resultó todo mucho más serio. Uno de ellos tiró el arma cuando yo disparé. Maté a Neal. Me resultaba bien que acusaran de eso a Valentine. Nadie pensaría en mí. Torrio deseaba vengarse, Duke deseaba hundir a Torrio... Todo quedaba entre ellos. Yo era sólo el vecino y el policía. Acudí rápidamente, fingiendo descubrir lo sucedido. Perfecto, señorita Lane. Como perfecto hubiera sido el robo de aquel sobre, con fotografías y cartas imprudentes de mi hija a ese perro de Neal. ¿Por qué tuvo que entrar aquella muchacha, la hija de Valentine, por qué, Dios mío, si yo no deseaba matarla?...

—Pero mató —acusó Jill, serena y fría, pese a su mortal palidez—. Mató de nuevo, Stoddart. Se convirtió en asesino. Crayne sospechó de usted. Por eso telegrafió a la Eastern High School.

—¡Nadie le creerá, nunca podrá cerrar la soga alrededor de mi cuello! —rugió Stoddart, convertido en un demente peligroso—. ¡Nadie, ni siquiera Saddle Hackett, que sabía por Neal la historia, que sospechó algo y localizó a mi hija en Nueva York! ¡Ella está aquí, con nombre supuesto, desde su expulsión de la escuela! ¡Fue a ver a Saddle, la muy tonta! Cuando lo sope tuve que correr mucho... pero era tarde. Anne, acobardada, necesitando el estupefaciente que Saddle se negaba a darle, había peleado con Saddle, derribándola. Y también está allí Crayne, el muy entrometido. Tuve que sacar a mi hija de allí, cuando ella derribó a Crayne de un golpe con una botella de metal. Una vez estuvo ella fuera... estrangulé a Saddle...

—¡No!

—Tuve que hacerlo, entiéndalo... Y culpar a Crayne. Debo eliminarle... o él me destruirá a mí, estoy seguro de eso... Como ahora... tengo que destruirla a usted.

¡No puede hacer eso, Stoddart! ¡No logrará nada!

—Sí... —La mirada del que fuera antes un honesto policía, era ahora la de un hombre enloquecido, dispuesto a todos los horrores, por salvar a su hija. No se daba cuenta de que, a pesar de ello, no podía terminar bien. Ni él ni su hija Anne, amada hasta lo enfermizo...—. Lograré librar a Anne de todo mal. ¡Lo haré, señorita Lane!

Y de súbito, ella se dio cuenta de lo que pretendía. El coche aceleró hasta velocidades fantásticas. Stoddart, inclinado sobre el volante, iba a terminar definitivamente el juego criminal iniciado en una partida de póker.

Iba a estrellar el coche. Y a ella con él.

CAPÍTULO XI

La seguridad de que volaban sobre el asfalto, hacia la muerte, entró en la mente de Jill Lane con la viveza del relámpago. Un terror indescriptible agarrotó su cuerpo en el volante. Luego, en una reacción desesperada, impetuosa, se arrojó sobre Stoddart, el policía que había llegado al asesinato por librar a su hija de unos estigmas innobles, que en modo alguno se podían limpiar con sangre inocente, derramada con crueldad demente, desquiciada por completo.

Stoddart rugió, luchando con ella y con el volante. Logró retener éste, y la arrojó a un lado, con un violento empujón. Un automóvil emergió repentinamente ante él, haciendo sonar furiosamente el claxon. Se cruzó en su camino, cerrando todo paso...

Stoddart trató en vano de eludirlo, de pasar como una exhalación junto al vehículo interpuesto. No lo logró. Redujo la marcha... y entonces, Jill Lane saltó nuevamente sobre él.

Logró meter el pie a fondo en el freno. El coche, frenado a aquella velocidad, patinó violentamente, dando un raro tumbo, sobre sus ruedas izquierdas, sin volar por milagro. Fue a empotrarse, con un chirrido de metal rasgado, contra el coche que se cruzaba ante ellos.

Jill, dominando el aturdimiento, corrió a la portezuela, la abrió y saltó al exterior. Con una brecha en la frente, Stoddart la siguió, desenfundando su revólver de reglamento. El mismo que, sin duda, disparó sobre Vera Valenti, en el piso de Neal, cuando tomaba las fotografías y cartas de su hija...

No llegó a disparar. Un doble estampido retumbó en la calle. Stoddart se detuvo bruscamente, con expresión de enorme estupor, soltando su arma. El brazo se le cubrió de sangre. Paró en seco,

vacilando con gesto de dolor muy vivo.

Detrás del automóvil cruzado, aparecieron dos rostros. El teniente Wagner... y Barry Crayne.

—¡Barry! —chilló Jill, corriendo a sus brazos—. ¡Barry, habéis venido, Dios sea loado!...

El la acogió en sus brazos, besándola cálidamente. La confortó, en tanto Wagner se movía, con su revólver humeante, en dirección al petrificado Stoddart.

—Te seguimos todo lo de prisa que nos fue posible, Jill. Estaba realmente arrestado, pero Wagner se enteró del telegrama que recibiste, al llamar a la Western Union. Tal como yo sospeché, el vecino de Neal era el culpable. Y su hija, el motivo de todo esto. Lo demás, era simple apariencia. La partida de póker, las luchas de gángsters y todo eso... Stoddart era culpable. Un culpable guiado por el trastorno de saber que tenía una hija perdida por la corrupción de Josh Neal y gente como él... Me daría pena del pobre Stoddart... si no fuese porque mató a Vertí, en su rampa de demencia homicida... Lo siento. Jill. No puedo sentir compasión por él. Pero soy feliz de ver que te has librado tú...

—Oh, Barry...

Se unieron sus labios. El teniente Wagner, con el rostro contraído, llevaba ya a Stoddart, convertido el fornido policía en un dócil cautivo. En un hombre vencido al fin...

—Su amigo Valentine saldrá a la calle hoy mismo —dijo Wagner roncamente. Miró con dolor a su subordinado, convertido en un pelele roto y maltrecho—. Pero la gentuza como Torrio, Duke y Neal, consiguen a veces cosas como ésta. Destruir a un hombre que pudo ser honrado, aniquilar una vida joven que pudo ser pura y digna, como Anne Stoddart... Pete pagará sus crímenes. Pero no descansaría tranquilo, si la gentuza responsable de cosas así no pagará también su deuda con los hombres, con la sociedad, con todos nosotros...

—Comprendo su dolor, teniente —dijo Barry—. Stoddart pudo ser un buen policía. Esa carroña impidió. No debemos olvidar que también un policía es ante todo, un ser humano. Y, como tal sujeto a errores. A tremendos errores, teniente...

Wagner asintió, alejándose con su cautivo.

Jill, sollozando aún, alzó sus límpidos ojos hacia Barry. Le sonrió

dulcemente.

—Gracias por todo, Barry —musitó—. Ha sido una experiencia terrible... y hermosa a la vez.

—¿Hermosa?

—Sí. Me ha permitido conocer a un gran hombre: tú, Barry Crayne —y añadió con amargura—. Te recordaré mucho. Durante largo tiempo. Barry...

Había llanto otra vez en sus ojos. Un llanto diferente. Barry besó sus pestañas húmedas, sus mejillas frías y sin maquillaje. Musitó junto a su oído, inesperadamente:

—¿Y quién dice que tendrás que recordarme, Jill? Me voy de la ciudad. Si me sigues... olvidarás todo eso. Y podrás recordarme toda la vida como el hombre que te pidió que fueras la señora Crayne... y lo consiguió.

—¡Barry! Eso sería una locura... ¿No te arrepentirías de...?

—Ahora eres tú quien dice locuras, querida —cubrió su boca con los labios, y luego, al separarse, concluyó—: Te quiero, pequeña. Y no te dejaré escapar... nunca.

Jill suspiró, devolviéndole el beso. Era todo lo que podía hacer.

Eso, y sentirse feliz. Tan feliz como jamás había sido hasta entonces.

FIN